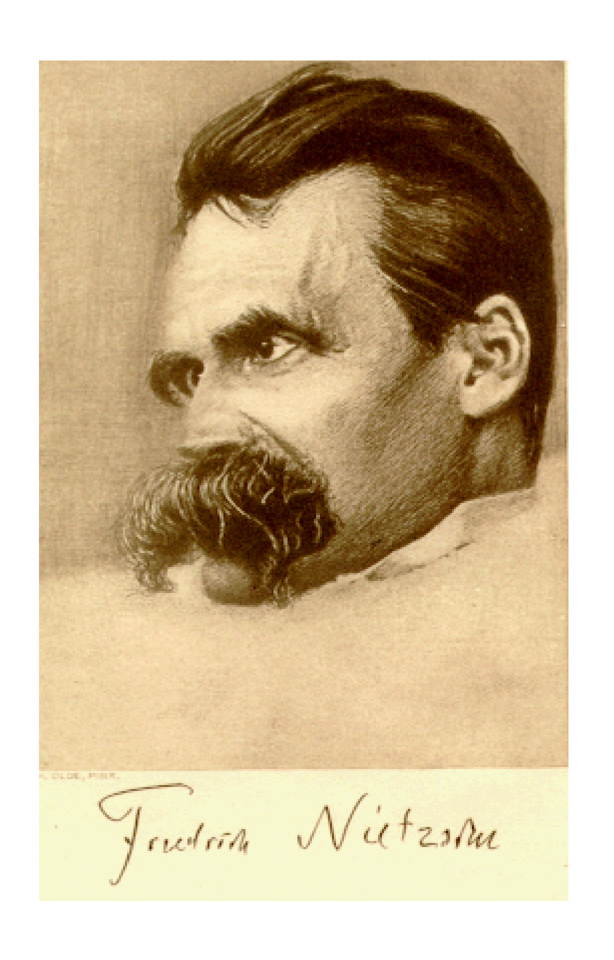
Friedrich
NIETZSCHE

EL ESPÍRITU LIBRE



Compilación y Prólogo
Guadalupe de la Torre

Prólogo



Nietzsche, la verdad sufriente

"Si la felicidad fuera realmente deseable para el hombre, el idiota sería el ejemplar más bello de la humanidad", escribió cierta vez Friedrich Nietzsche, con la misma pasión y arbitrariedad con la que vivió cada momento de su vida. La afirmación pone en evidencia no sólo su espíritu transgresor sino además, una de sus grandes preocupaciones (y quizá frustraciones): la felicidad.

"¿Acaso nuestra búsqueda tiene como fin la tranquilidad, la paz, la felicidad?", se preguntó en otra ocasión, a lo que respondió: "No: lo que buscamos es solamente la verdad, aunque sea la más terrible y repelente". Para terminar profetizando: "Si quieres la paz del alma y la felicidad, crece; si quieres ser un secuaz de la verdad, busca".

Nietzsche, hijo y nieto de predicadores luteranos, luchó toda su vida por creer, pero no pudo. Su condición de seguidor inclaudicable de la verdad, lo llevó por el camino de la búsqueda, y en él sólo encontró infelicidad.

Solitario y torturado, de no haber sido un filósofo brillante, su vida habría merecido ser atendida por la tensión con que fue vivida. Enfermizo, irritable y polémico, no estuvo exento de furibundas y frustradas historias de amor. Pero Nietzsche fue, fundamentalmente, un pensador.

Uno de sus tantos pecados fue creer en él en demasía. "¿Por qué soy tan sagaz?", decía de sí mismo. Su otro gran pecado fue ir en contra de la corriente.

En el siglo XIX, según sus hombres más lúcidos, había resuelto los grandes problemas del hombre. La evolución de la imprenta, el telégrafo, el ferrocarril, los grandes barcos, el industrialismo, anunciaban al mundo que se estaba entrando en el paraíso; paraíso que se vería materializado en el nuevo siglo, el XX.

A ese paraíso, suponían algunos, se arribaría masivamente. Las reivindicaciones sociales estaban a la orden del día y la revolución constituía un horizonte posible.

Nietzsche vino a aguar la fiesta. Desnudó la hipocresía del mundo, dijo a los gritos aquello que muchos no se atrevían a decir ni en voz baja y lanzó su gran idea del Superhombre. Es decir, el individuo y no la masa, según él, sería el salvador del mundo.

Durante décadas se ha querido personificar en Nietzsche al filósofo pesimista, al "nihilista". Pero se debe reconocer que el impulso original de su filosofía es el "decir sí" a la vida, de cualquier manera y en cualquier circunstancia. La felicidad, afirma, no está en creer sino en saber. Saber todo es casi imposible, por eso el hombre es infeliz. Sin embargo, bien vale el intento, parece decirnos.

Muchas de sus teorías fueron criticadas por sus contemporáneos. Algunas de ellas, ni siquiera discutidas. Entre estas últimas, pasó inadvertida su propuesta de que el pensador del futuro debía unir el activismo europeo-americano con la contemplatividad "asiática". Esta mezcla conduciría hacia la solución de los enigmas del mundo, preconizó.

Un siglo después de su muerte, gran parte del mundo se afana por unir la racionalidad occidental con la espiritualidad oriental, en un intento por alcanzar la perdida armonía.

Su vida

Nietzsche nació el 15 de octubre de 1844 en Prusia. Su padre, un destacado pastor y orador protestante, murió cuando él tenía 5 años. Fue educado por su madre, en una casa donde vivían además su abuela, dos tías y una hermana. Estudió Filología Clásica en las universidades de Bonn y Leipzig y, antes de obtener el título de doctor, fue nombrado catedrático de Filología Clásica en la Universidad de Basilea, en 1869. Tenía 24 años.

Nietzsche estuvo profundamente influido por las ideas filosóficas de Sócrates, Platón y Aristóteles y por el pensamiento del filósofo alemán Arthur Schopenhauer. No soslayó tampoco la impronta de Charles Darwin con su teoría de la evolución.

Escritor polémico y prolífico, su obra se caracteriza por un afilado uso del idioma y una prosa rica en imágenes y de belleza intrínseca. Entre sus trabajos filosóficos más importantes se pueden señalar: *El origen de la tragedia (1872), La gaya ciencia (1882), Así hablaba Zaratustra (1883-1891), Más allá del bien y el mal (1886), La genealogía de la moral (1889), El anticristo (1896), La voluntad de poder (1901)* y la que es considerada su autobiográfica, *Ecce homo (1908).*

Si bien rehuyó los excesos en la comida y la bebida, su salud siempre fue delicada. Muchos estudiosos han querido atribuir sus problemas de visión y persistentes jaquecas a un temprano contagio de sífilis. En 1878, a los 34 años, abandonó la docencia y se dedicó a escribir. En 1889 sufrió una crisis nerviosa, que algunos caracterizaron como ataque epileptoide, de la que nunca se recuperó. Murió en Weimar, el 25 de agosto de 1900, según sus allegados, “completamente loco”.

Esta sección

Nietzsche tuvo particular afecto por los aforismos y, en su prosa poderosa y elocuente, no resiste la tentación de acuñar frases, brillantes la mayor parte de las veces. Por eso, esta selección complementa la anterior-*Ideas Fuertes*-en esta misma colección.

Se hace aquí un recorrido por otras obras fundamentales de su producción. *El origen de la tragedia, Más allá del bien y el mal, La genealogía de la moral* y *Ecce homo.*

Muchas de sus ideas quedan aquí simplemente planteadas, pero el lector podrá disfrutar y vislumbrar la encendida pluma del filósofo que pudo ser un poeta. En ese sentido, valoró como pocos la vida contemplativa y renegó de lo “productivo”. El espíritu libre, dijo, no es productivo. Y sólo el espíritu libre puede hacer nacer la poesía y el arte. Este sentimiento, como se verá, impregna estas páginas.

- Guadalupe de la Torre

EL ESPÍRITU LIBRE

La realidad

En la medida que se ha inventado esa mentira que es el mundo ideal, se le ha quitado a la realidad su valor, su sentido y su veracidad. El “mundo verdadero” y el “mundo aparente” equivalen al mundo inventado y a la realidad. Hasta hoy, esa mentira que es lo ideal ha significado una maldición lanzada contra la realidad; la propia humanidad ha sido falseada y tergiversada por esa mentira hasta en sus instintos más fundamentales, hasta que ha llegado a adorar los valores opuestos a los únicos que hubieran logrado asegurar la prosperidad, el futuro, el derecho supremo a tener un futuro.

La falsedad del mundo en el que creemos vivir es lo más cierto y firme que pueden captar nuestros ojos.

Lo que hasta ahora ha tomado en serio la humanidad no son ni siquiera realidades, sino simples productos de la imaginación o, más exactamente, mentiras surgidas de los malos instintos de los seres enfermos y nocivos, en su sentido más profundo. Me refiero a conceptos tales como “Dios”, “alma”, “virtud”, “pecado”, “más allá”, “verdad”, “vida eterna”… Con todo, se ha creído ver en ellos la grandeza, la “divinidad” del ser humano.

Todos los problemas relativos a la política, a la organización social, a la educación, han sido falseados de raíz, por el hecho de que han sido considerados grandes hombres los más nocivos, y se ha aprendido a despreciar las cosas “pequeñas”, es decir, las cuestiones fundamentales de la propia vida.

Conocer, afirmar la realidad, constituye una necesidad para el fuerte; del mismo modo que el débil necesita, a impulsos de su debilidad, esa cobardía y esa huída de la realidad que es el “ideal”. Al débil no le está permitido conocer: los decadentes precisan la mentira; ésta es una de sus condiciones previas para conservarse.

En el concepto de “más allá” del mundo verdadero ha sido inventado para desprestigiar el único mundo que existe; para arrebatarle a nuestra realidad terrenal toda meta, toda razón de ser, toda misión.

La embriaguez del estado dionisiaco, aboliendo las trabas y los límites ordinarios de la existencia, produce un momento "letárgico", en el que se desvanece todo recuerdo personal del pasado. Entre el mundo de la realidad dionisíaca y el de la realidad diaria, se abre ese abismo del olvido que separa a uno del otro.

Un artista perfecto y total está apartado, por toda la eternidad, de lo real, de lo efectivo; se comprende, por otra parte, que a veces pueda sentirse cansado hasta la desesperación, de esa eterna "irrealidad" y falsedad de su más íntimo existir, y que entonces haga el intento de irrumpir de golpe en lo que justo a él más prohibido le está, en lo real, que haga el intento de ser real.

Lo que nosotros ahora denominamos mundo es el resultado de muchas equivocaciones y fantasías que se formaron poco a poco en la evolución global de los seres orgánicos, que han crecido entrelazándose, y ahora las heredamos como tesoro acumulado de todo el pasado; como tesoro: porque sobre él descansa el valor de nuestra humanidad.

Salud y enfermedad

La crítica negativa, la travesura, la alegre desconfianza, las ganas de burlarse son síntomas de salud. Lo no condicionado entra dentro de la patología.

Precisamente, el signo de la gran salud es ese exceso que le da al espíritu el peligroso privilegio de poder vivir en la tentativa y ofrecerse a la aventura.

Es una cura a fondo contra todo pesimismo (la gangrena de los viejos idealistas y héroes de mentira, como es sabido), enfermar a la manera de estos espíritus libres, permanecer enfermo un buen lapso y luego recobrar la salud por un período cada vez más largo, quiero decir, volverse "más sano".

La enfermedad me fue separando poco a poco de todo lo que me rodeaba; me ahorró toda ruptura, todo paso violento y escabroso. No me faltó en ese momento ningún testimonio de benevolencia por parte de quienes me rodeaban, e incluso me gané algunos más. La enfermedad me otorgó además, el derecho a cambiar completamente mis hábitos: me

permitió olvidar, me ordenó que olvidara; me hizo el honor de obligarme a que me quedara quieto, ocioso, esperando pacientemente. ¡Y eso es precisamente lo que significa pensar!

Lo que una y otra vez necesitaba de manera más perentoria para mi curación y mi restablecimiento era la creencia de que no era el único en ser de este modo, una mágica sospecha de afinidad e igualdad de puntos de vista y de deseos, un descansar en la confianza de la amistad, una ceguera a dúo, sin recelo ni interrogantes, un goce en los primeros planos, superficies, en lo cercano, vecino, en todo lo que tiene color, piel y apariencia.

Hay sabiduría, sabiduría de la vida, en eso de recetarse a sí mismo, por mucho tiempo, la salud, sólo en pequeñas dosis.

Familia y herencia

Si me detengo a pensar qué es lo más opuesto a mí –el tener unos instintos inconmensurablemente vulgares-, no encuentro a nadie que lo represente mejor que mi madre y mi hermana. Creer que semejante gentuza son parientes míos, sería una afrenta contra mi divinidad.

El trato que me han dado hasta ahora mi madre y mi hermana me horroriza de una forma indecible. Quien actúa así es una perfecta máquina infernal, que conoce con una seguridad precisa el momento en que puede herirse del modo más despiadado, mis momentos más elevados, pues en ellos carezco de fuerza para hacer frente a los gusanos venenosos.

Con quien menos emparentado se está es con los propios padres; estar emparentado con ellos sería el signo más evidente de vulgaridad.

Los seres superiores proceden de algo infinitamente anterior, y para que sean creados unos seres así, ha sido necesario estar reuniendo, ahorrando y acumulando durante muchísimo tiempo. Aunque yo no lo entienda, mi padre podría ser Julio César o Alejandro, ese Dionisio de carne y hueso.

Entre castidad y sensualidad no se da una antítesis necesaria; todo buen matrimonio, toda auténtica relación amorosa de corazón está por encima de esa antítesis.

Es sabido cuáles son las tres pomposas palabras del ideal ascético: pobreza, humildad, castidad.

La sensualidad no queda eliminada cuando aparece el estado estético, como creía Schopenhauer, sino que únicamente se transfigura y no penetra en la conciencia ya como estímulo sexual.

Con frecuencia, la sensualidad crece más a prisa que el amor, y ello hace que su raíz sea débil y fácil de arrancar.

Hasta el concubinato ha quedado corrompido…con el matrimonio.

Los padres convierten involuntariamente a sus hijos en algo semejante a ellos, y a eso le llaman “educación”. Como el padre, también hoy el educador, el estamento, el sacerdote o el gobernante siguen viendo en cada nuevo ser humano una ocasión fácil para lograr una nueva posesión.

Recurriendo a una educación y cultura mejores, lo único que se consigue es disimular la herencia. Y ¿qué otra cosa pretende hacerse ahora con la educación y la cultura? En esta época nuestra, tan popular, es decir, tan plebeya, la educación y la cultura se han de reducir por necesidad al arte de disimular los orígenes, todo lo que ha heredado de plebeyo un cuerpo y alma.

No se puede borrar del alma de un hombre aquello que con mayor placer y constancia hicieron sus antepasados, ya fueran éstos gentes ahorrativas, meros apéndices de una mesa de oficina o de la caja de una banco, modestos burgueses tanto en sus apetencias como en sus virtudes; o bien vivieran acostumbrados a estar siempre dando órdenes, amantes de las diversiones burdas, junto con unas obligaciones y unas responsabilidades más burdas aún; o bien se tratara de individuos que en algún momento sacrificaron sus antiguos privilegios de nacimiento o de fortuna para vivir sólo de acuerdo con su fe –con su “Dios”-, como hombres de conciencia implacable y delicada, que se ruborizaban ante cualquier compromiso.

Entre hombres de una clase elevada y selecta, los deberes serán ese respeto propio de la juventud, ese recato y delicadeza ante todo lo antiguo, venerado y digno, esa gratitud hacia el suelo en que crecieron, hacia la mano que los guió, hacia el santuario en que aprendieron a orar; sus momentos supremos serán los que más firmemente los aten; los que más duramente los obliguen.

Humanidad

Lo más precioso y elevado que podía obtener la humanidad lo consiguió por un crimen, y tuvo que aceptar en adelante las consecuencias, es decir, todo el torrente de males y de tormentos que la cólera de los inmortales "debían" infligir a la raza humana en su noble ascensión; rudo pensamiento que, por la "dignidad" que confiere el crimen, contrasta extrañamente con el mito semítico de la caída del hombre, en que la curiosidad, la mentira, la concupiscencia, en suma, un cortejo de sentimientos más específicamente femeninos, son considerados como el origen del mal.

A la humanidad le gusta deshacerse pronto de las preguntas acerca del origen y los comienzos: ¿no hay que estar poco menos que deshumanizado para notar en sí mismo la tendencia contraria?

El primer ensayo para saber si la humanidad, que es moral, puede convertirse en sabia, se hace con hombres que son capaces de soportar esta tristeza (¡y que serán muy pocos!).

La humanidad no va por el camino recto, no está gobernada en modo alguno por Dios, sino más bien, por el instinto de la negación, de la corrupción y de la decadencia, que ha imperado mediante su seducción, escondiéndose precisamente bajo la capa de los conceptos más sagrados de la humanidad.

¿Cómo ha podido equivocarse hasta ese punto no ya un individuo ni un pueblo, sino la humanidad? Han enseñado a despreciar los instintos más fundamentales de la vida; han concebido esa mentira a la que llaman "alma" o "espíritu", para arruinar el cuerpo; han difundido la idea de que la sexualidad, condición previa de la vida, es algo impuro; han situado la raíz del mal en la más íntima necesidad de autodesarrollo, en el egoísmo riguroso.

Por el contrario, han considerado que el valor supremo, aún más, el valor en sí radica en los signos característicos de la decadencia y de lo que va en contra de los instintos, en el "desinterés", en la pérdida del centro de gravedad, en la "despersonalización" y en el "amor" (en el vicio, diría yo) al prójimo.

La vida humana está toda ella sumergida profundamente en la falsedad. El individuo no la puede sacar de este pozo, sin sentir aversión contra su pasado, por la más profunda de las razones, sin encontrar absurdos sus

motivos actuales como los del honor y sin manifestar irrisión y desprecio en contra de las pasiones que impulsan hacia el futuro y hacia la felicidad en el futuro.

Virtudes, sentimientos y resentimientos

Por lo que más nos castigan es por nuestras virtudes. ¿Hay algo más hermoso que la búsqueda de nuestras virtudes? ¿No supone esto, que ya creemos en nuestra virtud? Y esa creencia en nuestra virtud, ¿no equivale, en el fondo, a lo que antaño se denominaba "buena conciencia", aquella venerable y larga trenza de conceptos que nuestros antepasados se dejaban colgando por detrás de la cabeza y, a menudo, también por detrás de su inteligencia?

Mis experiencias me permiten desconfiar, en general, de los llamados impulsos "desinteresados" y de ese "amor al prójimo" que siempre está dispuesto a dar consejos y a prestar ayuda. Considero que ese amor es una debilidad, un caso concreto de la incapacidad para resistir los estímulos.

El amor siempre hace que afloren las cualidades más elevadas y ocultas del que ama, lo que hay en él de raro y de excepcional. En este sentido, engaña muy fácilmente respecto de lo que en él constituye la regla.

Mi relación con los seres humanos constituye para mí un reto considerable a mi paciencia.

Mi humanitarismo no consiste en simpatizar con el hombre tal y como éste es en realidad, sino en soportar el hecho de experimentar dicho sentimiento. Mi humanitarismo me obliga a estar constantemente venciéndome a mí mismo.

Sólo nos repugna la vanidad de otros cuando ésta repugna a nuestra propia vanidad.

La inclinación a la agresividad forma parte de la fuerza, del mismo modo necesario en que el sentimiento de venganza y de rencor forma parte de la debilidad.

La fortaleza del agresor se mide, en cierto modo, por los adversarios que necesita; crecer es buscar un adversario –o un problema- más poderoso.

Los decadentes defienden que la compasión es una virtud. Yo reprocho a los compasivos que pierdan con tanta facilidad el pudor, el respeto y el sentimiento de delicadeza que lleva a guardar las distancias.

La compasión apesta inmediatamente a chusma y se parece tanto a los malos modales, que es imposible distinguirla de ellos. Unas manos compasivas, a veces pueden ejercer un efecto automáticamente destructor en un gran destino, en un aislamiento cubierto de heridas, en el privilegio que confiere el hecho de haber cometido una falta grave.

Sin capacidad de olvido no puede haber ninguna felicidad, ninguna jovialidad, ninguna esperanza, ningún orgullo, ningún presente. Este animal olvidadizo por necesidad, en el que el olvidar representa una fuerza, una forma de la salud vigorosa, ha criado en sí una facultad opuesta a aquélla, una memoria con cuya la capacidad de olvido queda en suspenso en los casos en que hay que hacer promesas.

Para que algo permanezca en la memoria, se lo graba a fuego; sólo lo que no cesa de doler permanece en la memoria.

¿Cómo vino al mundo esa otra “cosa sombría”, la conciencia de la culpa, toda la “mala conciencia”?

Si somos engañados, ¿no somos precisamente por eso también engañadores?, ¿no nos es inevitable ser también engañadores?

El instinto de la libertad, reprimido, retirado, encarcelado en lo interior y que acaba por descargarse y desahogarse tan sólo contra sí mismo: eso, sólo eso es, en su inicio, la mala conciencia.

La historia nos enseña que la conciencia de tener deudas con la divinidad no se extinguió ni siquiera tras el ocaso de la forma organizativa de la “comunidad” basada en el parentesco de sangre.

La soledad, esa temible diosa, rodea y envuelve, cada vez más amenazadora, más asfixiante, más agobiante; pero ¿quién sabe hoy qué es la soledad?

La pena, se dice, poseería el valor de despertar en el culpable el sentimiento de la culpa; en la pena se busca el auténtico instrumento de esa reacción anímica denominada “mala conciencia”, “remordimiento de conciencia”. Mas con ello se sigue atentando, todavía hoy, contra la

realidad y contra la psicología: ¡y mucho más aún contra la historia más larga del hombre, contra su prehistoria!

Es ésta una especie de demencia de la voluntad en la crueldad anímica que, sencillamente, no tiene igual: la voluntad del hombre de encontrarse culpable y reprobable a sí mismo hasta resultar imposible la expiación, su voluntad de imaginarse castigado sin que la pena pueda ser jamás equivalente a la culpa, su voluntad de infectar y envenenar con el problema de la pena y la culpa el fondo más profundo de las cosas, a fin de cortarse, de una vez por todas, la salida de ese laberinto de "ideas fijas", su voluntad de establecer un ideal –el del "Dios santo"-, para adquirir, en presencia del mismo, una tangible certeza de su absoluta indignidad.

La pena endurece y vuelve frío, concentra, exacerba el sentimiento de extrañeza, robustece la fuerza de resistencia.

Lo que con la pena se puede lograr, en conjunto, tanto en el hombre como en el animal, es el aumento del temor, la intensificación de la inteligencia, el dominio de las concupiscencias: y así la pena domestica al hombre, pero no lo hace "mejor".

El hipócrita, que desempeña siempre el mismo papel, termina dejando de ser hipócrita; de este modo, los sacerdotes que solían ser hipócritas en su juventud, conscientemente o no, acaban comportándose con naturalidad, y entonces es cuando son realmente sacerdotes, sin afectación alguna; o si no consigue el padre comportarse así, probablemente herede el hijo su costumbre, beneficiándose del esfuerzo paterno.

¿En qué medida puede ser el sufrimiento una compensación de "deudas"? En la medida en que hacer sufrir producía bienestar en sumo grado, en la medida en que el perjudicado cambiaba el daño, así como el desplacer de éste le producía, por un extraordinario contra-goce: el hacer sufrir.

Ver sufrir produce bienestar; hacer sufrir, más bienestar todavía. Esta es una tesis dura, pero es un axioma antiguo, poderoso, humano, demasiado humano, que, por lo demás, acaso suscribirían ya los monos, pues se cuenta que, en la invención de extrañas crueldades, anuncian ya en gran medida al hombre y, por así decirlo, lo "preludian". Sin crueldad no hay fiesta: así lo enseña la más antigua, la más larga historia del hombre ¡y también en la pena hay muchos elementos festivos!

El dolor debe ser más intenso y peor de lo que nunca ha sido. El bienestar no es una meta, sino el fin de todo, un estado que hace al hombre inmediatamente tan ridículo y despreciable que nos hace desear su ocaso. ¿No saben que sólo la disciplina del dolor, del gran dolor, es lo que ha permitido al hombre elevarse?

Esa soberbia intelectual y solemne del que sufre, ese orgullo de quien ha sido elegido por el sufrimiento, del "iniciado", del que casi es una víctima propiciatoria, necesita todo tipo de disfraces para protegerse del contacto de manos inoportunas y compasivas y, en general, de todo aquel que no le iguala en sufrimiento. El dolor profundo nos ennoblece y nos separa de los demás.

Lo que propiamente nos hace indignarnos contra el sufrimiento no es el sufrimiento en sí, sino lo absurdo del mismo; pero ni para el cristiano, que en su interpretación del sufrimiento ha introducido en él toda una oculta maquinaria de salvación, ni para el hombre ingenuo de tiempos más antiguos, que sabía interpretar todo sufrimiento en relación con los espectadores o los causantes del mismo, existió en absoluto tal sufrimiento absurdo.

Para poder expulsar del mundo y negar honestamente el sufrimiento oculto, no descubierto, carente de testigos, el hombre se veía casi obligado a inventar dioses y seres intermedios, habitantes en todas las alturas y en todas las profundidades, algo, en suma, que también vagabundea en lo oculto, que también ve en lo oscuro y que no se deja escapar fácilmente un espectáculo doloroso interesante.

Puede que la toma de conciencia produzca un hondo dolor, pero existe un consuelo: los sufrimientos son dolores de parto. La mariposa quiere romper su envoltura, despedazándola y desgarrándola; entonces se siente cegada y embriagada por esa luz desconocida que es el reino de la libertad.

Todo lo que llamamos "cultura superior" se basa en la espiritualización y en la profundización de la crueldad.

Debemos dejar de lado esa estúpida psicología de antaño que sostenía que la crueldad sólo surge a la vista del sufrimiento ajeno; también se da un goce intenso, intensísimo, ante el sufrimiento propio, ante el dolor que nos infligimos; y siempre que el hombre, dejándose vencer, se niega a sí mismo a la manera religiosa, o se mutila, como hacen los fenicios y los ascetas, o renuncia a sus sentidos y a su carne, en señal de arrepentimiento, sufriendo los espasmos de la penitencia al modo puritano y la vivisección de la

conciencia, lo que lo impulsa e invita no es sino la crueldad, el peligroso estremecimiento de una crueldad dirigida contra nosotros mismos.

Que los corderos guarden rencor a las grandes aves rapaces es algo que no puede extrañar: sólo que no hay en esto motivo alguno para tomarle a mal a aquéllas el que arrebaten corderitos.

Nadie, nadie miente tanto como el que está indignado.

Todo lo profundo gusta de ocultarse; lo más profundo de todo odia incluso la imagen y el símbolo. ¿No sería disfrazarse de su opuesto, la forma más adecuada en que un dios se enmascararía, de acuerdo con su pudor?

Hablar en sí de lo justo y lo injusto es algo que carece de todo sentido; ofender, violentar, despojar, aniquilar no puede ser naturalmente "injusto", desde el momento en que la vida actúa esencialmente –es decir, en sus funciones básicas- ofendiendo, violando, despojando, aniquilando, y de ninguna manera se la puede pensar sin ese carácter.

Lo grande es patrimonio de los grandes; los abismos, de los profundos; las delicadezas y los estremecimientos, de los sutiles; y, en general y brevemente, lo raro de los raros.

Hay pavos reales que ocultan su cola a la vista de los demás, y a eso le llaman orgullo.

No prestar atención ni al mejor de los argumentos en contra de una decisión ya adoptada constituye una muestra evidente de un carácter enérgico. Ello incluye también una voluntad de llegar a la estupidez.

El escepticismo es la expresión más intelectual de esa complicada constitución psicológica a la que vulgarmente se le da el nombre de debilidad nerviosa y constitución enfermiza. El escepticismo surge siempre que se entrecruzan, de una forma repentina y definitiva, razas o estamentos que han estado mucho tiempo distanciados. En la nueva estirpe, la herencia de normas y de valores distintos, todo es inquietud, turbación, vacilación y ensayo. Las mejores fuerzas actúan como mecanismos de inhibición. Las propias virtudes se impiden entre sí crecer y robustecerse. El cuerpo y el alma pierden el equilibrio, el centro de gravedad, el aplomo.

El hedonismo, el pesimismo, el utilitarismo y el eudemonismo, esos modos de pensar que miden el valor de las cosas por el placer y el dolor

que producen –es decir, por los estados accesorios que las acompañan- son inferiores y superficiales, y todo el que sepa que posee la fuerza de plasmar y una conciencia de artista, sólo podrá mirarlos con una ironía no exenta de compasión.

El héroe, la más alta manifestación apariencial de la Voluntad, es aniquilado, para nuestra diversión; porque a pesar de todo, no es más que una apariencia, la eterna vida de la Voluntad ni siquiera es razonada por el aniquilamiento.

¿Es necesariamente el pesimismo el signo de la decadencia, de la desilusión, del cansancio y del debilitamiento de los instintos, como fuera para los indios y como según todas las apariencias, es en todos nosotros, los hombres "modernos" y europeos? ¿Hay un pesimismo de los fuertes? ¿Una inclinación intelectual a la dureza, al horror, al mal, a la incertidumbre de la existencia, producida por la exuberancia de la salud, por un exceso de vida? ¿Hay quizás un sufrimiento en esta misma plenitud?

Mientras que el hombre noble vive con confianza y franqueza frente a sí mismo, el hombre del resentimiento no es ni franco ni ingenuo ni honesto y derecho consigo mismo. Su alma mira de reojo; su espíritu ama los escondrijos, los caminos tortuosos y las puertas falsas, todo lo encubierto le atrae como su mundo, su seguridad, su alivio; entiende de callar, de no olvidar, de aguardar, de empequeñecerse y humillarse transitoriamente.

¡El hombre noble reclama para sí a su enemigo como una distinción suya! ¡No soporta, en efecto, ningún otro enemigo que aquel en el que no hay nada que despreciar y sí muchísimo que honrar! En cambio, imaginémonos "el enemigo" tal como lo concibe el hombre resentido: justo en ello reside su acción, su creación. Ha concebido el "enemigo malvado", "el malvado", y ello como concepto básico, a partir del cual se imagina también, como imagen posterior y como antítesis, un "bueno": ¡él mismo!

No hay fuego que nos consuma más rápido que el del resentimiento. El enojo, la susceptibilidad enfermiza, el no poder vengarse, el placer y la sed de venganza constituyen, en cierta medida, todo un conjunto de venenos y representan, para una persona agotada, la forma más nociva de reaccionar. Ocasiona un rápido desgaste de energía nerviosa, un aumento morboso de secreciones perjudiciales, de bilis en el estómago, por ejemplo.

La lucha

La cuestión no está en superar las resistencias en general, sino en superar aquéllas frente a las cuales hemos de recurrir a toda nuestra fuerza, a toda nuestra agilidad y a toda nuestra maestría en el dominio de las armas; en vencer a adversarios que sean iguales a nosotros.

La primera condición requerida para un duelo honrado es la igualdad con el enemigo.

No podemos luchar contra los que despreciamos; no debemos luchar con quién está a nuestras órdenes, con quien sabemos que se halla por debajo de nosotros.

Mi práctica guerrera se reduce a cuatro principios:

Primero, sólo ataco lo que ya cuenta con alguna victoria, y a veces, espero que la consiga.

Segundo, sólo ataco cuando me encuentro sin aliados, cuando estoy solo, cuando soy yo el único que se compromete.

Tercero, no ataco nunca a personas; me sirvo sólo de la persona como una poderosa lente de aumento con la que se puede ver una situación general de peligro, que se halla oculta y es difícil de captar.

Cuarto, sólo ataco aquello de lo que está excluida toda disputa personal, toda idea oculta de experiencias dolorosas.

Para mí, atacar constituye una manifestación de benevolencia y, a veces, de agradecimiento.

Honro y distingo una cosa o a una persona, al vincularlas con mi nombre. El hecho de que esté a su favor o en su contra, para mí es algo indiferente.

Muy pocos son independientes; éste es un privilegio de los fuertes. Y quién, sin necesidad, trata de serlo, aunque tenga todo el derecho a ello, demuestra no sólo que es fuerte, sino sumamente temerario.

La moral

El que está indignado y el que con sus propios dientes se despedaza y se desgarra a sí mismo (o lo hace con el mundo, con Dios o con la sociedad) tal vez sea superior, desde la óptica de la moral, al sátiro que se ríe contento de sí mismo; pero en todos los demás aspectos, es el caso más habitual, más indiferente y menos instructivo.

Los inmoralistas sospechamos que el valor decisivo de un acto reside precisamente en lo que tiene de no intencionado, y que toda intencionalidad, todo cuanto se puede ver, saber y conocer "conscientemente" a través del acto, forma parte de su piel que, como todo lo epidérmico, revela algo, pero esconde mucho más aun.

La moral, es el sentido que ha tenido hasta hoy –estoy es, la moral de las intenciones- ha sido un prejuicio, un juicio precipitado y tal vez provisional, algo que podría parangonarse con la astrología y la alquimia, pero, en cualquier caso, algo que debe superarse.

No existen fenómenos morales, sino sólo una interpretación moral de fenómenos…

Así como en el mundo sideral hay veces en que son dos los soles que determinan la órbita de un planeta, y en ciertos casos, soles de distintos colores iluminan a un mismo planeta, unas veces de rojo, otras de verde, y otras de una mezcla de ambos colores, así los hombres modernos, en virtud de la complicada mecánica de nuestro "cielo estrellado", nos vemos determinados por diversas morales, y nuestros actos relucen alternativamente con colores distintos; pocas veces son unívocos… y en bastantes ocasiones, los actos que realizamos son de muchos colores.

¿No es posible subvertir todos los valores?, ¿y es el bien acaso el mal?, ¿y Dios sólo una invención y sutileza del diablo? ¿Quizás, en definitiva, todo es falso?

A la música que suena en nuestra conciencia y a la danza que hay en nuestro espíritu no se acomodan ya las letanías puritanas, los sermones morales ni ninguna forma de honradez.

Toda moral altruista que se presente como absoluta y se dirija a todos sin excepción, no sólo constituye una afrenta al buen gusto, sino también una incitación a que se cometan pecados de omisión, una seducción más

enmascarada de filantropía y, en concreto, una seducción y un perjuicio a los hombres superiores, a los más extraordinarios y privilegiados.

El hombre, ese animal complejo, embustero, artificioso e impenetrable, que inquieta a los demás animales no tanto por su fuerza como por su astucia e inteligencia, ha inventado la tranquilidad de conciencia para gozar al fin de su alma, como si ésta fuera algo sencillo.

Toda la moral es una esforzada y permanente falsificación, sin la cual sería completamente imposible disfrutar de la contemplación de nuestra alma.

La vida no es, después de todo, una invención de la moral; quiere ilusión, vive de la ilusión…, pero de nuevo vuelvo, ¿no es cierto?, a las andadas, y hago lo que, viejo inmoralista, siempre he hecho, y hablo inmoral, extramoralmente, más allá del bien y del mal.

El problema del origen de los valores morales es, para mí, una cuestión de primer orden, en la medida en que determina el futuro de la humanidad. La obligación de creer que todo está en las mejores manos, que un libro –la Biblia- nos proporciona una paz definitiva sobre el gobierno y la sabiduría de Dios respecto del destino de la humanidad, equivale a la voluntad de no dejar que se manifieste la verdad en relación con el lamentable polo opuesto a lo anterior: que la humanidad ha estado hasta ahora, en las peores manos.

Hay libros que tienen un valor opuesto para el alma y para la salud, según los utilice el alma –la fuerza vital- inferior, o el alma superior y más poderosa. En el primero de los casos, se trata de libros peligrosos, corrosivos y disolventes; en el segundo, son clarines guerreros que invitan a los más valientes a manifestar su valentía. Los libros que valen para todos son siempre libros malolientes. Llevan impregnado el olor de los individuos pequeños. Los sitios donde el pueblo come y bebe, incluso donde presta veneración, suelen oler mal. Si queremos respirar aire puro, no debemos entrar en las iglesias.

(La humanidad) ha estado gobernada por los fracasados, por los vengativos más astutos, los que se llaman “santos” y calumnian el mundo y denigran al hombre.

Necesitamos una crítica de los valores morales. Hay que poner alguna vez en entredicho el valor mismo de esos valores y, para esto, es preciso tener conocimiento de las condiciones y circunstancias de las cuales

aquéllos surgieron, en las que se desarrollaron y modificaron (la moral como consecuencia, como síntoma, como máscara, como tartufería, como enfermedad, como malentendido; pero también la moral como causa, como medicina, como estímulo, como freno, como veneno). Un conocimiento que, hasta ahora, ni ha existido ni tampoco siquiera se lo ha deseado.

El valor de los "valores" se toma como algo dado, real y efectivo, situado más allá de toda duda; hasta ahora no se ha dudado ni vacilado lo más mínimo en considerar que el "bueno" es superior en valor a "el malvado". Superior el valor en el sentido de ser favorable, útil, provechoso para el hombre como tal (incluido el futuro del hombre).

El signo definitivo de que el sacerdote (incluyendo esos sacerdotes encubiertos que son los filósofos) lo ha dominado y no sólo a una determinada comunidad religiosa, el signo de que la moral de la decadencia, la voluntad de muerte, es considerada como la moral en sí, viene determinado por el hecho de que en todas partes se le atribuye un valor absoluto a lo no egoísta y se combate lo egoísta. Considero que quién no esté de acuerdo conmigo en esto es un apestado.

En el fondo, para mí, la palabra inmoralista implica dos negaciones.

En primer lugar, niego el tipo de hombre que hasta ahora se ha considerado superior: el bueno, el benévolo, el bienhechor.

En segundo lugar, niego la clase de moral que ha acabado imponiéndose hasta convertirse en la moral de la decadencia o, para ser más exactos, la moral cristiana.

Podría considerarse que la segunda es la contradicción decisiva, pues creo que la supervaloración de la bondad y de la benevolencia es ya, en general, un resultado de la decadencia, un síntoma de debilidad, algo incompatible con una vida ascendente y afirmativa. La negación y la aniquilación son las condiciones previas de la afirmación.

En el concepto "hombre bueno" se ha incluido la defensa de todo lo débil, enfermo, mal constituido, de todo lo que sufre a causa de sí mismo, de todo cuanto debe parecer. Se ha invertido la ley de la selección, convirtiendo en ideal lo que va en contra del hombre orgulloso y bien constituido, del que afirma la vida, del que está seguro del futuro y lo garantiza; y a ese hombre se le ha considerado malo, por definición. Pues bien, a todo eso se le ha prestado fe, interpretándolo como la moral. "¡Aplasten a la infame!"

Tanto mi curiosidad como mis sospechas tuvieron que detenerse tempranamente en la pregunta sobre qué origen tiene propiamente nuestro bien y nuestro mal.

Por fortuna, aprendí pronto a separar el prejuicio teológico del prejuicio moral, y no busqué ya el origen del mal por detrás del mundo.

Un poco de aleccionamiento histórico y filológico, y además de una innata capacidad selectiva en lo que respecta a las cuestiones psicológicas en general, transformaron pronto mi problema en este otro: ¿en qué condiciones se inventó el hombre esos juicios de valor que son las palabras bueno y malvado?, ¿y qué valor tienen ellos mismos?

¿Han frenado o han estimulado hasta ahora el desarrollo humano?

¿Son un signo de indigencia, de empobrecimiento, de degeneración de la vida?

¿O, por el contrario, en ellos se manifiestan la plenitud, la fuerza, la voluntad de la vida, su valor, su confianza, su futuro?

Se trata de recorrer con preguntas totalmente nuevas y, por así decirlo, con nuevos ojos, el inmenso, lejano y tan recóndito país de la moral –de la moral que realmente ha existido, de la moral realmente vivida-: ¿y no viene esto a significar casi lo mismo que descubrir por vez primera tal país?

A mí me parece que no hay ninguna cosa que compense tanto tomar en serio la moral; de esa compensación forma parte, por ejemplo, el que alguna vez se nos permita tomarla con jovialidad. Pues, en efecto, la jovialidad –o, para decirlo en mi lenguaje, la gaya ciencia- es una recompensa: la recompensa de una seriedad prolongada, valiente, laboriosa y subterránea que, desde luego, no es cosa de cualquiera.

El día en que podamos decir de todo corazón: “¡Adelante! ¡También nuestra vieja moral forma parte de la comedia!”, habremos descubierto un nuevo enredo y una nueva posibilidad para el drama dionisiaco del “destino del alma”. ¡Y ya él sacará provecho de ello –sobre esto podemos apostar-; él, el grande, viejo y eterno autor de la comedia de nuestra existencia!

Hoy es imposible decir con precisión por qué se imponen propiamente penas: todos los conceptos en que se condensa semióticamente un proceso entero escapan a la definición; sólo es definible aquello que no tiene historia.

Toda la psicología se ha visto paralizada hasta hoy, por prejuicios y miedos morales: no se ha atrevido a bajar a las profundidades. Nadie ha llegado a concebirla, ni siquiera superficialmente, de la forma en que yo lo hago, es decir, como una morfología y como una teoría de la evolución de la voluntad de poder.

Lo bueno y lo malo

El *phatos* de la nobleza y de la distancia, el duradero y dominante sentido global y radical de una especie superior dominadora en su relación con una especie inferior, con un "abajo": éste es el origen de la antítesis "bueno" y "malo".

El derecho del señor a dar nombres, llega tan lejos que deberíamos permitirnos concebir también el origen del lenguaje como una exteriorización de poder de los que dominan: dicen "esto es esto y aquello", imprimen a cada cosa y a cada acontecimiento el sello de un sonido y con esto se lo apropian, por así decirlo. A este origen se debe el que, de antemano, la palabra "bueno" no esté en modo alguno ligada necesariamente con acciones "no egoístas", como creen supersticiosamente aquellos genealogistas de la moral.

Prescindiendo totalmente de la insostenibilidad histórica de tal hipótesis sobre la procedencia del juicio de valor "bueno", ella adolece en sí misma de un contrasentido psicológico. La utilidad de la acción no egoísta sería el origen de su alabanza, y ese origen se habría olvidado. ¿Cómo es siquiera posible tal olvido? ¿Es que acaso la utilidad de tales acciones ha dejado de darse alguna vez?

Ocurre lo contrario: esa utilidad ha sido, antes bien, la experiencia cotidiana en todos los tiempos, es decir, algo permanentemente subrayado una y otra vez; en consecuencia y volverse olvidable, tuvo que grabarse en ella con una claridad cada vez mayor.

Hebert Spencer establece que el concepto "bueno" es esencialmente idéntico al concepto "útil", "conveniente", de tal modo que en los juicios "bueno" y "malo", la humanidad habría sumado y sancionado cabalmente sus inolvidadas e inolvidables experiencias acerca de lo útil-conveniente, de lo perjudicial-inconveniente.

"Bueno" es, según esta teoría, lo que desde siempre ha demostrado ser útil: por lo cual le es lícito presentarse como "sumamente valioso", como "valioso en sí". También esta vía de explicación es falsa, pero al menos la explicación misma es en sí razonable y resulta psicológicamente sostenible.

La rebelión de los esclavos en la moral comienza cuando el resentimiento mismo se vuelve creador y engendra valores: el resentimiento de aquellos seres a quienes les está vedada la auténtica reacción, la reacción de la acción, y que se desquitan únicamente con una venganza imaginaria.

Toda moral noble nace de un triunfante sí dicho a sí mismo, la moral de los esclavos dice no, ya de antemano, a un "fuera", a un "otro", a un "no yo"; y no es lo que constituye su acción creadora.

Del mismo modo como el pueblo separa el rayo de su resplandor y concibe el segundo como un hacer, como la acción de un sujeto que se llama rayo, así la moral del pueblo separa también la fortaleza de las exteriorizaciones de la misma, como si detrás del fuerte hubiera un sustrato indiferente, que fuera dueño de exteriorizar y, también, de no exteriorizar fortaleza.

Pero tal sustrato no existe; no hay ningún "ser" detrás del hacer, del actuar, del devenir; "el agente" ha sido ficticiamente añadido al hacer, el hacer es todo.

En el fondo, el pueblo duplica el hacer; cuando piensa que el rayo lanza un resplandor, esto equivale a un hacer-hacer: el mismo acontecimiento lo pone primero como causa y luego, una vez más, como efecto de aquélla.

Cuando los oprimidos, los pisoteados, los violentados se dicen, movidos por la vengativa astucia propia de la impotencia: "¡Seamos distintos de los malvados, es decir, seamos buenos! Y bueno es todo el que no violenta, el que no ofende a nadie, el que no ataca, el que no salda cuentas, el que remite la venganza a Dios, el cual se mantiene en lo oculto igual que nosotros, y evita todo lo malvado y exige un poco de la vida, lo mismo que nosotros los pacientes, los humildes, los justos", si lo escuchamos con frialdad y sin ninguna prevención esto no significa en realidad más que lo siguiente: "Nosotros, los débiles, por supuesto, somos débiles; conviene que no hagamos nada para lo cual no nos sentimos lo bastante fuertes".

Los dos valores contrapuestos "bueno y malo", "bueno y malvado", han sostenido en la Tierra una lucha terrible que ha durado milenios, y aunque

es muy cierto que el segundo valor hace mucho tiempo que ha prevalecido, sin embargo, tampoco faltan ahora lugares donde se continúa librando esa lucha, no decidida aún.

Esos genealogistas de la moral que ha habido hasta ahora, ¿se han imaginado, aunque sólo sea de lejos, que, por ejemplo, el capital concepto moral "culpa" *(Schuld)* procede del muy material concepto "tener dudas" *(Shulden)*?

El hombre se designaba como el ser que mide valores, que valora y mide, como el "animal tasador de sí". Compra y venta, junto con todos sus accesorios psicológicos, son más antiguos que los mismos comienzos de cualesquiera de las formas de organización social y que cualesquiera de las asociaciones: el germinante sentimiento de intercambio, contrato, deuda, derecho, obligación, compensación fue traspasado, antes bien, desde la forma más rudimentaria del derecho personal a los más rudimentarios e iniciales complejos comunitarios (en la relación de éstos con complejos similares), juntamente con el hábito de comparar, medir, tasar poder con poder.

Pronto se llegó, mediante una gran generalización, al "toda cosa tiene su precio", "todo puede ser pagado", el más antiguo e ingenuo canon moral de la justicia, el comienzo de toda "bondad de ánimo", de toda "equidad", de toda "buena voluntad", de toda "objetividad" en la Tierra.

La justicia, en este primer nivel, es la buena voluntad, entre hombres de poder aproximadamente igual, de ponerse de acuerdo entre sí, de volver a "entenderse" mediante un compromiso y, con relación a los menos poderosos, de forzar a un compromiso a esos hombres situados por debajo de uno mismo.

Se llama "malos" a muchos actos que sólo son estúpidos porque el nivel de inteligencia de quien decidió realizarlos era muy bajo.

En cierto sentido, todos los actos son todavía hoy estúpidos, porque será sin duda superado el nivel más alto que ha podido alcanzar la inteligencia humana: cuando entonces se mire hacia atrás, todos nuestros actos y juicios resultarán tan limitados e irreflexivos como nos parecen hoy los de los pueblos salvajes y atrasados.

Entre los "actos buenos" y los "actos malos" no hay una diferencia de especie, sino a lo sumo, de grado.

Los actos buenos son la sublimación de actos malos; y los actos malos son actos buenos, pero realizados de una forma tosca y estúpida.

El mal en la esencia de las cosas –que tanto preocupa al ario contemplativo-, el conflicto en el corazón del mundo, se le manifiesta como un caos de mundos diferentes, de un mundo divino y de un mundo humano. Cada uno de ellos, como individuo, está en su derecho, pero como tal, enfrente de otro, debe sufrir por su individuación.

En el heroico arrebato del individuo nació lo universal; en su tentativa de romper la barrera de la individuación y querer ser él la "única" esencia del universo, hace suyo el conflicto primordial oculto en las cosas, es decir, se hace criminal y sufre.

La religión

Es el miedo profundo y receloso a caer en un pesimismo incurable lo que obliga a los hombres a aferrarse a durante miles de años, con uñas y dientes, a una interpretación religiosa de la existencia.

Sé cuál es mi suerte. Un día, mi nombre irá unido a algo gigantesco, al recuerdo de una crisis como jamás la ha habido en la Tierra, del más profundo enfrentamiento de conciencia, de un juicio definitivo, mediante un conjuro contra todo lo que hasta ese momento se había creído, exigido y santificado.

Yo no soy un hombre, soy dinamita. Y, con todo, no tengo nada de fundador de una religión.

Las religiones son cosas de la chusma; yo necesito lavarme las manos después de haberme relacionado con una persona religiosa. No quiero "creyentes"; pienso que soy demasiado malo para creer en mí mismo; nunca hablo a las masas.

¿Se han fijado hasta qué punto una vida auténticamente religiosa necesita ociosidad o semiociosidad exterior? Tanto para su trabajo favorito de autoanalizarse microscópicamente como para dedicarse a esa pereza refinada que denominan "oración" y que es una preparación constante para la "venida de Dios".

¿Han reparado, entonces, en que la laboriosidad moderna, escandalosa, avara de su tiempo, satisfecha de sí misma es algo que educa y dispone, más que ninguna otra cosa, a la “falta de fe”?

Cuando el órgano más pequeño de un organismo deja de contribuir a su autoconservación, a la recuperación de sus fuerzas, a su “egoísmo”, todo el conjunto degenera. El fisiólogo exige que se extirpe la parte degenerada, aísla del resto lo degenerado y no siente ni la más mínima compasión por ello. El sacerdote, por el contrario, desea que todo, la humanidad, degenere, y por eso mantiene lo degenerado; a este precio domina a la humanidad.

Entre los sacerdotes, cabalmente, todo se vuelve más peligroso, no sólo los medios de cura y las artes médicas, sino también la soberbia, la venganza, la sagacidad, el desenfreno, el amor, la ambición de dominio, la virtud, la enfermedad.

También se podría añadir, con cierta equidad, que en el terreno de esta forma esencialmente peligrosa de existencia humana, la forma sacerdotal de existencia es donde el hombre, en general, se ha convertido en un animal interesante, que únicamente aquí es donde el alma humana ha alcanzado profundidad en un sentido superior y se ha vuelto malvada.

Los sacerdotes son, como es sabido, los enemigos más malvados. ¿Por qué? Porque son los más imponentes. A causa de esa impotencia, el odio crece en ellos hasta convertirse en algo monstruoso y siniestro, en lo más espiritual y más venenoso. Los máximos odiadotes de la historia universal, también los odiadotes más ricos de espíritu, han sido siempre sacerdotes. Comparado con el espíritu de la venganza sacerdotal, apenas cuenta ningún otro espíritu.

La Iglesia es la que nos repugna, no su veneno… Prescindiendo de la Iglesia, también nosotros amamos el veneno.

Se alcanza un nivel ciertamente muy elevado de cultura cuando el hombre se libera de las ideas y temores supersticiosos y religiosos y, por ejemplo, no cree ya en los simpáticos angelitos o en el pecado original, y ha olvidado también hablar de la salvación del alma.

El Cristianismo

Aquel fraile fatídico llamado Lucero restauró la Iglesia y, lo que es infinitamente peor, el Cristianismo, en el momento en que éste estaba apunto de perecer.

El Cristianismo, que no es sino la negación de la voluntad de vivir, convertida en religión.

Aquel fraile imposible que fue Lucero atacó a la Iglesia, movido por su propia "impotencia", con lo que la restauró. Los católicos deberían rendirles honores a Lucero y escribir obras teatrales para conmemorar su nombre.

El Cristianismo ha sido hasta hoy, la forma más funesta de presunción que puede manifestar un sujeto.

La pretensión absoluta del Cristianismo a no tener en cuenta más que valores morales me pareció siempre la forma más peligrosa, más inquietante, de una "voluntad de aniquilamiento"; por lo menos, un signo de laxitud morbosa, de profundo abatimiento, de agotamiento, de empobrecimiento de la vida, pues en nombre de la moral (en particular, de la moral cristiana, es decir, absoluta) "debemos" siempre e ineludiblemente condenar la vida, porque la vida es algo esencialmente inmoral; "debemos", en fin, ahogar la vida bajo el peso del menosprecio y de la eterna negación, como indigna a ser deseada y falta en sí de valor alguno.

El Cristianismo ha monopolizado hasta ahora el concepto de "ser moral", una curiosidad sin igual y, en cuanto "ser moral", ha sido más absurdo, más falaz, más vanidoso, más frívolo, se ha perjudicado más a sí mismo, que todo lo que podría haber imaginado el mayor despreciador de la humanidad.

Quien no es más que un débil y manso animal doméstico no siente otras necesidades que las de un animal doméstico (como es el caso de las actuales personas cultas, incluyendo las que profesan el Cristianismo "culto"), no se asombrará ni menos aún se afligirá ante esas ruinas. El gusto por el Antiguo Testamento constituye una piedra de toque que distingue lo "grande" de lo "pequeño".

Un hombre así, seguirá considerando que el Nuevo Testamento, el libro de la gracia, se acomoda más a su corazón (hay en el mucho del

característico olor tierno y sofocante que despiden los que rezan y las almas pequeñas).

El haber unido en un mismo volumen este Nuevo Testamento, que es una especie de gusto rococó en todos los sentidos, y el Antiguo Testamento, hasta formar un solo libro llamado “Biblia”, el “libro por antonomasia”, tal vez represente la mayor temeridad y el mayor “pecado contra el espíritu” que la Europa literaria tenga sobre su conciencia.

El Cristianismo fue, desde su origen, esencial y radicalmente, sociedad y disgusto de la vida, que no hacen más que disimularse y solazarse bajo la máscara de la fe en “otras” vidas, en “una vida mejor”. El odio del “mundo”, el anatema de las pasiones, el miedo a la belleza y a la voluptuosidad, un más allá futuro inventado para designar mejor el presente, un deseo de aniquilación, de muerte, de reposo.

A mi me parece que Dante cometió un grosero error al poner, con horrorosa ingenuidad, sobre la puerta de su Paraíso, la inscripción “también a mí me creó el amor eterno”. Sobre la puerta del paraíso cristiano y de su “bienaventuranza eterna” podría estar, en todo caso, con mejor derecho, la inscripción “también a mí me creó en odio eterno”, ¡presuponiendo que a una verdad le sea lícito estar colocada sobre la puerta que lleva a una mentira!

Dios

La idea de Dios “padre” ha sido plenamente refutada, al igual que la de Dios “juez” y la de “remunerador”. Lo mismo cabe decir de la idea de que ese Dios tenga una “voluntad libre”: no oye, y si oyese, no sabría entonces cómo ayudarnos. Lo peor de todo es que parece incapaz de comunicarse con claridad.

Tal vez llegue un día en que los conceptos más solemnes, aquellos por los que se ha combatido y sufrido, los conceptos de “dios” y de “pecado”, nos parezca tan poco importantes como le parecen al anciano los juegos y los dolores infantiles. Y puede que ese “anciano” –que seguirá siendo siempre lo bastante niño, un niño eterno- necesite entonces un nuevo juguete y un nuevo dolor.

La piedad, la “vida de Dios” se manifiestan como el engendro más sutil y exagerado del miedo a la verdad, como la adoración y la embriaguez de un artista ente la más consecuente de las falsificaciones, como la voluntad de invertir la verdad, como la voluntad de negar la verdad a toda costa.

Puede que no haya habido hasta hoy una forma más enérgica de embellecer al hombre, que la piedad. Gracias a ella, el hombre puede llegar a convertirse en arte, en superficie, en juego de colores y en bondad, hasta un extremo tal que su aspecto ya no resulte hiriente.

Con quien más deshonestos somos es con nuestro Dios: ¡él no puede pecar!

La tendencia a rebajarse, a dejar que le roben, que lo engañen y lo dejen sin nada, sería el pudor característico de un dios en medio de los hombres.

El demonio es quien tiene una visión más amplia de Dios; por eso se mantiene tan lejos de él. Y no olvidemos que el demonio es el amigo más viejo del conocimiento.

El concepto de “Dios” ha sido inventado como una idea antitética de la vida; él es el compendio, en terrible unidad, de todo lo nocivo, envenenador, calumniador, de toda guerra a muerte contra la vida.

El sentimiento de tener una deuda con la divinidad no ha dejado de crecer durante muchos milenios, haciéndolo en la misma proporción en que en la tierra crecían y se elevaban a las alturas, el concepto de Dios y el sentimiento de Dios.

Puede que tras la fábula y el disfraz sagrados de la vida de Jesús, se oculte uno de los casos más dolorosos del tormento que sufre quien sabe lo que es el amor: el tormento del corazón más inocente y más ansioso, insaciable de amor humano, que exigía amor, ser amado y nada más, con dureza, con frenesí, con terribles reacciones de cólera contra quienes no aceptaban su amor.

La historia (de Jesús) es la de un pobre ser tan insatisfecho e insaciable de amor que tuvo que inventar el infierno para mandar a él a quienes no lo querían amar, y que, después de saber lo que es el amor humano, tuvo que inventarse un dios que fuese todo el amor y capacidad de amar, que se compadeciese del amor humano, a causa de su miseria y se su ignorancia.

Cuando se siente así, cuando se sabe hasta ese punto lo que es el amor, se busca la muerte.

Yo mismo no creo que nadie haya escrutado nunca el mundo con tan profundo recelo, y no sólo como ocasional abogado del diablo, sino –para hablar teológicamente-, como enemigo y acusador de Dios.

El mundo, la objetivación liberadora de Dios, perpetuamente y en todo instante "consumada", en cuanto visión eternamente cambiante, eternamente nueva de Él, que lleva consigo los grandes sufrimientos, los más irreductibles conflictos, los más extremados contrastes, y que no puede libertarse de ellos más que en las "apariencias".

El espíritu

El ritmo del metabolismo guarda una estrecha relación con la agilidad o la torpeza de los pies del espíritu. El propio "espíritu" no es, en última instancia, más que una especie de metabolismo.

El concepto de "alma", de "espíritu" y, en último término, también el de "alma inmortal" ha sido inventado para despreciar el cuerpo, para hacer que enferme, para volverlo "santo", para contraponer una horrible frivolidad a todo lo que merece ser tomado en serio en la vida: lo relativo a la alimentación la vivienda, la dieta espiritual, el tratamiento de los enfermos, la limpieza, el clima…

Veneramos lo callado, lo frío, lo noble, lo lejano, lo pasado, en general todo aquello cuyo aspecto no obliga al alma a defenderse y a cerrarse; algo con lo que se pueda hablar, sin elevar la voz. Escúchese el sonido que tiene un espíritu cuando habla: todo espíritu tiene su sonido, ama su sonido.

Un alma que sabe que la aman y que a su vez no ama, descubre lo que hay al fondo de ella: lo más bajo de esa alma aflora a lo superficie.

Espíritu es la vida que muerde en la propia carne ¡en su padecimiento, acrecienta su saber!

El sujeto (o, hablando de un modo más popular, el alma) ha sido hasta ahora, en la Tierra, el mejor dogma, tal vez porque a toda la ingente muchedumbre de los mortales, a los débiles y oprimidos de toda índole, les

permitía aquel sublime autoengaño de interpretar la debilidad misma como libertad, interpretar su ser-así-y-así como mérito.

Responsabilizar a nuestro pensamiento, esto es, al "espíritu", de la falsedad del mundo –respetable huida a la que recurre todo defensor consciente o inconsciente de Dios-, considerar que este mundo, junto con el espacio, el tiempo, la forma y el movimiento son deducciones falsas, constituye, cuando menos, un buen motivo para aprender a desconfiar de todo pensamiento: ¿no nos habrá estado jugando éste hasta hoy la más pesada de sus bromas? ¿Y qué nos asegura que no va a seguir haciendo lo mismo de siempre?

La mujer

La mujer perfecta, cuando ama, desgarra. Conozco a esas amables ménades. ¡Qué peligrosos e insinuantes son esos animalitos de presa subterráneos!; ¡pero qué agradables también!

Una mujer insignificante que esté dispuesta a vengarse sería capaz de cambiar el destino.

La mujer es increíblemente más mala que el hombre, y también más sensata; la bondad en la mujer es ya una forma de degeneración.

El concepto de liberación de una mujer es la manifestación del odio instintivo de la mujer mal constituida, es decir, de la que no puede tener hijos, contra la mujer bien constituida; la lucha contra el hombre no es nunca más que un medio, un pretexto, una táctica.

Al elevarse a sí misma, como mujer en esencia, lo que pretende es rebajar el nivel general de la mujer. Y para ello, los medios más seguros son estudiar el bachillerato, ponerse pantalones y tener los derechos políticos del animal electoral.

En el fondo, la liberadas son las anarquistas en el ámbito de "lo eterno femenino", las fracasadas cuyo instinto más arraigado es el de venganza.

La mujer aprende a odiar a medida en que va dejando de atraer.

Los mismos efectos presentan un ritmo distinto en el hombre y en la mujer. Esta es la razón de que uno y otra no lleguen a entenderse nunca.

En el fondo de toda su vanidad personal, las propias mujeres mantienen siempre un desprecio impersonal…por “la mujer”.

La gran esperanza que tiene puesta en el amor sexual y el pudor que genera semejante esperanza es lo que hace que las mujeres pierdan de antemano todas las perspectivas.

Cuando en la obra teatral no hacen acto de presencia el amor o el odio, la mujer representa muy mal su papel.

En la venganza y en el amor, la mujer es más salvaje que el hombre.

Cuando una mujer siente la necesidad de adquirir conocimientos, generalmente hay algo en su sexualidad que no funciona. La esterilidad hace que el gusto se virilice. Y es que el varón constituye, efectivamente, “el animal estéril”, valga la expresión.

La mujer quiere independizarse, y para ello, trata de enseñar al hombre lo que es la “mujer en sí”. Este es uno de los peores progresos dentro del afeamiento general que afecta a Europa.

¡Qué irán a sacar a luz esos torpes intentos femeninos de ser científicas y de mostrarse al desnudo, con la cantidad de motivos que tiene la mujer para ser vergonzosa y la pedantería, superficialidad, dogmatismo y presunción, desenfreno e inmodestia mezquinos que se esconden en su interior –no hay más que ver cómo tratan a los niños-, cosas todas ellas que, en el fondo, nada les ha hecho reprimir y dominar mejor hasta hoy que el miedo al hombre!

Desde el principio de los tiempos, no hay nada más ajeno, odioso y contrario a la naturaleza e la mujer que la verdad; su gran arte es la mentira; su mayor preocupación es la apariencia y la belleza.

Ese arte y ese instinto son precisamente lo que honramos y amamos en la mujer. Nosotros, que vivimos llenos de problemas. Para que nos alivien de ellos, nos acercamos a esas criaturas cuyas manos, miradas y tiernas insensateces hacen que nuestra seriedad y nuestra profundidad nos parezcan en cierto modo una insensatez más.

Demuestra que sus instintos están corrompidos, además de que tiene muy mal gusto, la mujer que apela precisamente a Madame Rolan, a Madame de Staël o a *monsieur* George Sand, como si de este modo demostrara algo a favor de "la mujer en sí". Para nosotros los hombres, las tres mujeres que he citado son ridículas sin paliativos, ni más ni menos, y constituyen precisamente excelentes e involuntarios argumentos en contra de la emancipación y del dominio femeninos.

La estupidez introducida en la cocina; la mujer haciendo de cocinera; la forma tan espantosamente descuidada con la que se prepara la comida de la familia y del dueño de la casa. La mujer desconoce el significado de la comida ¡y pretende ser cocinera!

Si la mujer fuera una criatura que pensara, al haberse dedicado a la cocina, habría debido descubrir los principales fenómenos fisiológicos y habría terminado imponiéndose en el arte de la medicina.

Las malas cocineras, la falta absoluta de la racionalidad en la cocina, es lo que más a retrasado y perjudicado el desarrollo del hombre. Hoy en día, sólo se ha conseguido mejorar esto un poco. Sirva esto de lección a las alumnas de los cursos más avanzados.

Equivocarse en el problema fundamental del "hombre y la mujer", negar que entre ellos se da necesariamente el más abismal de los antagonismos, así como una tensión, eternamente hostil, soñar que puedan tener igualdad de derechos, una misma educación e idénticos deberes constituye un signo característico de superficialidad, y hay que considerar sospechoso –más aún, hay que considerar que se traiciona a sí mismo y que queda al descubierto- todo pensador que en este espinoso tema se manifiesta instintivamente superficial.

Un hombre que posee profundidad tanto en su espíritu como en sus apetitos y que dispone también de esa profundidad propia de una benevolencia capaz de mostrarse rigurosa y dura hasta el punto de parecer mera severidad y mera dureza, no puede considerar a la mujer más que de una forma oriental; esto es, tiene que concebir a la mujer en términos de posesión, como un objeto de propiedad susceptible de encerrarse bajo llave, como una criatura destinada a servir y cuyo perfeccionamiento radica en el cumplimiento de este papel.

Lo que en la mujer infunde respeto y miedo es su naturaleza, que es "más natural" que la del hombre, su característica y astuta elasticidad de animal de presa, la garra de tigre que esconde bajo el guante, la ingenuidad

de su egoísmo, su resistencia a dejarse educar, su profundo salvajismo, el carácter inaprensible, vasto y cambiante de sus apetencias y sus virtudes…

Pese al miedo que nos produce, nos compadecemos de ese peligroso y bello felino que es la mujer, por el hecho de que aparece como el animal más doliente y vulnerable, más necesitado de amor y más condenado al desengaño. Miedo y compasión son los sentimientos que ha experimentado hasta hoy el hombre ante la mujer, siempre rozando la tragedia que desgarra porque embelesa.

Los pueblos

Hay dos clases de genio: el que, antes que nada, fecunda y desea fecundar a otros, y el que prefiere dejarse fecundar y dar a luz.

De igual forma, entre los pueblos geniales, hay unos a quienes les ha tocado el papel femenino de gestar y la tarea oculta de modelar, madurar y consumar –los griegos, por ejemplo, al igual que los franceses-; y otros que han de fecundar e implantar en la vida un orden nuevo, como los judíos, los romanos y puede que, dicho sea con modestia, también los alemanes.

Estas dos clases de genios se buscan entre sí como el hombre y la mujer, pero a la vez tienen una idea falsa el uno del otro… también como el hombre y la mujer.

Cada pueblo tiene su propia forma de ser hipócrita, y a eso le llama "sus virtudes". No conocemos ni podemos conocer lo mejor que hay en nosotros.

Las palabras son signos sonoros de conceptos; pero los conceptos son signos imaginativos, más o menos precisos, de sensaciones que se repiten con frecuencia y al mismo tiempo, lo que hace que se formen grupos de sensaciones.

Para entendernos mutuamente no basta con emplear las mismas palabras: con esas mismas palabras hay que designar también el mismo tipo de vivencias internas; lo que exige, a fin de cuentas, tener una experiencia común con el otro.

Esta es la causa de que los individuos de un mismo pueblo se entiendan mejor entre sí que con los pertenecientes a pueblos diferentes, aunque éstos hablen el mismo idioma.

Confesemos de qué forma ha surgido en la tierra toda cultura superior. Unos hombres dotados de un carácter muy cercano aún a la naturaleza, bárbaros en todo el sentido terrible de la palabra, hombres de presa en posesión de una fuerza de voluntad y de un ansia de poder aún intactos, se lanzaron sobre razas más débiles, más civilizadas, más pacíficas, dedicadas al comercio o al pastoreo, o sobre antiguas culturas agotadas, cuya última fuerza vital se extinguía en brillantes juegos artificiales en el ámbito del espíritu y de la corrupción.

La casta aristocrática fue siempre en sus inicios la casta de los bárbaros: su supremacía no radicaba tanto en la fuerza física como el la psíquica, Eran hombres más enteros, lo que equivale a decir “bestias más enteras”, en todos los sentidos.

Es totalmente imposible que un hombre no tenga en su cuerpo, al margen de las apariencias, las cualidades y los gustos de sus padres y antepasados. Este es el problema de la raza. Esa repugnante incapacidad de autocontrolarse, esa forma mezquina de envidiar y ese modo torpe de darse la razón que, unidos, han caracterizado siempre al auténtico plebeyo, se transmiten a los hijos, al igual que la sangre corrompida.

Un pueblo es el rodeo que da la naturaleza para hacer que aparezcan seis o siete grandes hombres…y para huir después de ellos.

La locura se da raras veces en los individuos; pero constituye la regla general en los grupos, en los partidos, en las naciones y en las épocas históricas.

La explotación no es un hecho inherente a una sociedad corrompida, imperfecta o primita: forma parte de la esencia de lo vivo, como función orgánica fundamental; es una consecuencia de la voluntad de poder propiamente dicha, lo que equivale a decir que es la voluntad propia de la vida.

La política

Respecto de todos los partidos: todo pastor necesita además un carnero para guiar el rebaño…, a menos que haga él de carnero.

Cuando su poder se acrecienta, la comunidad deja de conceder tanta importancia a las infracciones del individuo, pues ya no le es ilícito considerarlas tan peligrosas y tan subversivas para la existencia del todo.

El movimiento democrático no es sólo una forma de decadencia de la organización política, sino una forma de decadencia, es decir, de empequeñecimiento del ser humano, que lo reduce a la mediocridad y lo desvaloriza.

La degeneración global del hombre puede llegar al extremo de ese "hombre del futuro" en que cifran su ideal los estúpidos y necios socialistas, esto es, a una degeneración y reducción del hombre a un mero animal de rebaño (o a un hombre de la "sociedad libre", como dicen ellos), que haría de éste minúsculo animal, con igualdad de derechos y de pretensiones.

Ahora me dan a entender que aquéllos no sólo son mejores que los poderosos, que los señores de la tierra, cuyos esputos ellos tienen que lamer (no por temor, ¡de ninguna manera por temor!, sino porque Dios manda honrar toda autoridad). Ese taller donde se fabrican ideales, me parece que apesta de mentiras.

Un poco de silencio, un poco de tabla rasa de la conciencia, a fin de que de nuevo haya sitio para la nuevo, y sobre todo para las funciones y funcionarios más nobles, para el gobernar, el prever, el predeterminar; éste es el beneficio de la activa capacidad de olvido, una guardiana de la puerta, por así decirlo, una mantenedora del orden anímico, de la tranquilidad, de la etiqueta.

Hemos de demostrarnos a nosotros mismos que estamos destinados a ser independientes y a mandar, y hemos de hacerlo lo más pronto posible. No vincularse con nadie, ni siquiera con la persona que más queremos, porque toda persona es una cárcel más sufriente y necesitada.

No dejarse llevar por la compasión, aunque sea una compasión dirigida a hombres superiores, cuyo extraordinario martirio y desamparo observamos por azar. No apegarse a una ciencia, por mucho que nos atraiga

con los inestimables descubrimientos que, al parecer, nos tiene reservados. No apegarnos a muestras virtudes; no sacrificarnos, como seres totales, por algo que nos singularice. Hay que saber reservarse: he aquí la mejor prueba de que se es independiente.

Arte y artistas

La apariencia de plenitud de belleza del mundo del ensueño, en la producción del cual todo hombre es un artista completo, es la condición previa de todo arte plástico, y ciertamente también, como veremos, de una parte esencial de la poesía.

No complacemos en la comprensión inmediata de la forma; todas las formas nos hablan; ninguna es diferente; ninguna es inútil. Y, sin embargo, la vida más intensa de esta realidad de ensueño nos deja aún el sentimiento confuso de que no es más que una apariencia.

El hombre dotado de una sensibilidad artística se comporta respecto de la realidad del ensueño, de la misma manera que el filósofo enfrente de la realidad de la existencia: la examina minuciosamente, pues en esos cuadros descubre una interpretación de la vida, y con ayuda de esos ejemplos, se ejercita en la vida. Y no son solamente, como pudiera creerse, las imágenes agradables y seductoras lo que él encuentra en sí mismo con esta absoluta lucidez: lo severo, lo sombrío, lo triste, lo siniestro, los obstáculos imprevistos, los sarcasmos de la suerte, las angustias; en una palabra, toda la “Divina Comedia” de la vida, con su “Infierno”, se desarrolla ante él.

El artista griego sentía, al contemplar sus divinidades, un oscuro sentimiento, de dependencia recíproca, y éste es el sentimiento que simboliza el Prometeo de Esquilo.

La alegría de la creación en el artista, la serenidad de la facultad genética que parece desafiar todo infortunio, no es más que una imagen luminosa de nubes y celajes que se refleja en el lago sombrío de la tristeza. El artista, ante toda manifestación nueva de la verdad, se desvía de la claridad reveladora y contempla, siempre con mirada encantada, lo que, a pesar de esta claridad, permanece aún en las tinieblas. El hombre teórico se sacia en el espectáculo de la oscuridad vencida y encuentra su máximo placer en el advenimiento de una verdad nueva, sin cesar victoriosa, y que se impone por su propia fuerza.

Se debe perdonar al artista el hecho de que no figure en las primeras filas de la ilustración y de la progresiva viril educación de la humanidad: ha sido durante toda su vida un niño, un adolescente, y se ha detenido en el punto en que lo ha sorprendido su impulso artístico. Involuntariamente, su deber se convierte en hacer que la humanidad vuelva a su niñez; ésta es su gloria y su límite.

Los artistas han sido, en todas las épocas, los ayudas de cámara de una moral o de una filosofía o de una religión; prescindiendo totalmente, por otro lado, del hecho de que, por desgracia, han sido muy a menudo los demasiado maleables cortesanos de sus seguidores y mecenas, así como perspicaces aduladores de poderes antiguos o de poderes nuevos y ascendentes.

Todo artista sabe que, en estados de gran tensión y preparación espiritual, el dormir con mujeres produce un efecto muy nocivo.

El actor no puede dejar de pensar en la impresión que causa su persona y en el efecto escénico en general, ni siquiera cuando siente el más hondo dolor, incluyendo el entierro de su hijo, por ejemplo: llorará por encima de su propio sufrimiento y de sus manifestaciones, como si fuera un espectador de sí mismo.

El hombre artísticamente impotente se crea a sí mismo de una forma de arte adecuada, justamente por la misma razón de que es el hombre antiartístico en sí.

La esfera de la poesía no está fuera del mundo, ensueño imposible de un cerebro de poeta; quiere ser precisamente lo contrario: la expresión sin ambages de la verdad, y para esto, le es preciso rechazar el falso atavío de esta pretendida realidad del hombre civilizado. El contraste entre esta verdad propia de la naturaleza y la mentira de la civilización actuando como única realidad es comparable al que existe entre la esencia eterna de las cosas, la cosa en sí y el conjunto del mundo de las apariencias.

Sólo el genio, en el acto de la reproducción artística y en cuanto se identifica con esta arista primordial del mundo, sabe algo de la eterna esencia del arte, pues entonces, como por milagro, se ha hecho semejante a la turbadora figura de la leyenda, que tenía la facultad de volver sus ojos hacía sí misma para contemplarse; ahora es a la vez, sujeto y objeto, poeta, actor y espectador.

¿Qué es lo único que somos capaces de escribir u de pintar con nuestros pinceles de mandarines chinos, quienes eternizamos lo que se deja escribir? ¡Sólo lo que está empezando a marchitarse y a perder su perfume! ¡Sólo tormentas que se alejan y disipan, y sentimientos que el otoño ha tornado amarillos! ¡Sólo pájaros perdidos y cansados de volar que se dejan apresar por nuestras manos!

Eternizamos todo lo que ya no puede vivir ni volar, lo que ya está cansado y reblandecido.

Para pintar tan sólo vuestro atardecer, pensamientos míos escritos y coloreados, mi paleta dispone de colores –de múltiples colores de infinitos matices y delicados tonos de amarillos, grises, verdes y rojos-, pero nadie es capaz de adivinar, viendo mi pintura, cuál fue el esplendor de vuestra mañana, súbitas centellas, maravillas de mi soledad, viejos y queridos…malos pensamientos míos!

Del mismo modo que el artista, el hombre teórico encuentra también en lo que lo rodea una satisfacción infinita, y este sentimiento lo protege, como al artista, contra la filosofía práctica del pesimismo y sus ojos de lince no lucen más que en las tinieblas.

Los filósofos y la filosofía

Es indiscutible que, desde que hay filósofos en la Tierra, y en todos los lugares en que los ha habido, existe inauténtica irritación y un auténtico rencor de aquéllos contra la sensualidad. Igualmente existe una auténtica parcialidad y una auténtica predilección de los filósofos por el ideal ascético en su totalidad; esto es cosa sobre la cual y frente a la cual no debemos hacernos ilusiones.

A un filósofo se lo reconoce en que se aparta de tres cosas brillantes y ruidosas: la fama, los príncipes y las mujeres, con lo cual no se ha dicho que estas cosas no vengan a él.

Un filósofo casado es un personaje de comedia.

¡Tengan cuidado, filósofos, amigos del conocimiento y guárdense del martirio, de sufrir “por la verdad”! ¡Cuídense incluso, de defenderse! Porque esto corrompe la inocencia y la neutralidad sutil de su conciencia;

hace que se enfrenten con testarudez a las críticas y a los trapos rojos; los atonta; los convierte en animales, pues los vuelve toros al tener que luchar contra el peligro la difamación, la sospecha, la repulsa y otras consecuencias de la hostilidad más burda aun, para acabar representando el papel de defensores de la verdad en la Tierra.

Esos nuevos filósofos que están apareciendo en el horizonte, esos tales espíritus no son más que ventanas cerradas y puertas atrancadas. Esos espíritus erróneamente llamados “libres” son “niveladores”, en la medida en que son esclavos locuaces y fecundos plumíferos al servicio del gusto democrático y de las “ideas modernas”; hombres todos ellos privados de soledad, zopencos atrevidos a los que hay que reconocer valentía y costumbres respetables, pero que son precisamente no libres y ridículamente superficiales, sobre todo en su tendencia fundamental a considerar que las formas de la antigua sociedad existente hasta hoy constituyen la causa de casi toda la miseria y el fracaso de los hombres: lo cual hace que inviertan alegremente la verdad.

Los auténticos filósofos son hombres que mandan y legislan.

Son los que dicen: “¡Debe ser así!”; los que determinan “hacia dónde” debe ir el ser humano y “por qué” ha de hacerlo; y para ello disponen de la labor que previamente han realizado todos los obreros de la filosofía, todos los que han dominado el pasado.

Los filósofos son los que extienden sus manos creadoras hacia el futuro; y todo lo que ha existido y existe les sirve de medio, de instrumento, de martillo. Para ellos, “conocer” es crear, y crear es legislar; su voluntad de verdad es…voluntad de poder…

Un filósofo es un hombre que constantemente vive, ve, oye, sospecha, espera y sueña cosas extraordinarias.

Alguien al que sus propios pensamientos lo golpean como si le llegaran de afuera, de arriba y de abajo; como si fueran acontecimientos y rayos que lo asaltaran específicamente a él.

Tal vez sea él mismo una tormenta que avanza grávida de rayos nuevos; un hombre fatal, rodeado siempre de truenos, de rugidos, de aullidos y de presagios inquietantes.

Un filósofo, ¡ay!, es un ser que a menudo huye de sí mismo, que con frecuencia se teme, pero que es demasiado curioso como para no estar constantemente “volviendo sobre sí mismo”…

Yo llegaría a establecer que jerarquía entre los filósofos, en función del grado de su risa, cuya cúspide la ocuparían quienes fueran capaces de lanzar áureas carcajadas.

Y si los dioses filosofan –conclusión a la que he llegado por diferentes vías-, no dudo que, al hacerlo, también saben reírse, de una forma nueva y sobrehumana, a costa de todo lo serio.

A los dioses les gusta burlarse: parece que no pueden contener la risa ni durante la celebración de ceremonias religiosas.

Mi filosofía me aconseja callar y no hacer más preguntas, máxime si como dice el proverbio, en ciertos uno sólo sigue siendo filósofo si calla.

No tenemos nosotros derecho a estar solos en algún sitio: no nos es lícito ni equivocarnos solos, ni solos, encontrar la verdad. Antes bien, con la necesidad con que un árbol da sus frutos, así brotan de nosotros nuestros pensamientos nuestros valores, nuestros sí y nuestros no, nuestras preguntas y nuestras dudas –todos ellos emparentados y relacionados entre sí-, testimonios de un única voluntad, de una única salud, de un único reino terrenal, de un único sol.

-¿Les gustarán a ustedes estos frutos nuestros? –Pero ¡qué les importa eso a los árboles! ¡Qué nos importa eso a nosotros los filósofos!

La filosofía no es otra cosa sino ese instinto tiránico (la voluntad de poder en su manifestación más intelectual) de “crear el mundo”, de ser causa primera.

Nosotros, los que conocemos, somos desconocidos para nosotros; nosotros mismos somos desconocidos para nosotros mismos: esto tiene un buen fundamento. No nos hemos buscado nunca, ¿cómo iba a suceder que un día nos encontrásemos?

Lo que nos vuelve locos no es dudar sino estar convencidos de algo; pero para experimentar esto, hay que ser profundo, abismal, filósofo.

Si conservamos un mínimo de superstición, será difícil no aceptar la idea de que no somos, realmente, más que una simple encarnación, un simple instrumento musical, un simple médium de fuerzas muy superiores.

Los conceptos filosóficos con son algo arbitrario, algo que se desarrolla por sí mismo, sino que crecen relacionados y emparentados entre sí y, aunque en apariencia surjan súbita y caprichosamente en la historia del pensamiento, en la realidad forman parte de un sistema, al igual que todos los integrantes de la fauna de una zona de la Tierra.

Los fisiólogos deberían reflexionar más, antes de afirmar que el instinto de conservación es el instinto fundamental del ser orgánico. El ser vivo quiere, ante todo, dar rienda suelta a su fuerza –la propia vida es voluntad de poder-, y la autoconservación no es más que una de las consecuencias indirectas y más frecuentes de ello.

¿Será verdad que sólo quede una única forma de pensar que implique, como resultado personal, la desesperación y, como resultado teórico, una filosofía de la destrucción?

Todo trabajo comprometedor ejerce una influencia ética. El esfuerzo que significa concentrarse en un tema y darle una estructura armónica, es como una piedra que cae en el interior de nuestra vida misma; del círculo más pequeño se van formando muchos círculos cada vez más amplios.

En la medida en que toda metafísica se ha ocupado principalmente de la sustancia y de la libertad de la voluntad, se la debe designar como la ciencia que trata de los errores fundamentales del hombre, aunque lo hace como si fuesen verdades fundamentales.

Si se encuentra en este grado de liberación, le queda aún por superar, con la máxima tensión de su reflexión, la metafísica.

Bajo la influencia de la verdad contemplada, el hombre no percibe ya por todas partes, más que lo horrible y absurdo de la existencia.

Conocimiento y revelación

Inversión de todos los valores: he aquí mi fórmula para designar un acto de supremo autoconocimiento de la humanidad, acto que se ha hecho carne y genio en mí.

Mi suerte ha querido que yo sea el primer hombre honrado, que está totalmente en contra de una falsedad que ha durado milenios.

Yo he sido el primero en descubrir la verdad, puesto que he sido el primero en percibir, en oler, la mentira. Mi genio se encuentra en mi nariz.

Yo estoy en contra como nunca se ha estado y, a pesar de ello, soy la antítesis de un espíritu negativo. Soy un alegre mensajero como no lo ha habido nunca; sé de misiones tan elevadas que, hasta hoy, no se disponía del concepto necesario para comprenderlas. Hasta que yo llegué, no ha habido esperanzas.

Aprender nos transforma, al igual como sucede con todos los demás alimentos que, según saben los fisiólogos, no se limitan a "mantenernos".

Despreocupados, irónicos, violentos, así nos quiere la sabiduría: es una mujer, ama siempre únicamente a un guerrero…

La revelación es un éxtasis cuya desmesurada tensión se desata a veces en un torrente de lágrimas; un éxtasis en el que unas veces se precipita el paso y otras se vuelve lento; un estar fuera de nosotros mismos, que nos deja la conciencia de un sinnúmero de delicados temores que hacen que nos estremezcamos hasta los dedos de los pies; un abismo de la felicidad en que el dolor y la tristeza extremos no actúan como antítesis, sino como un color necesario en el seno de esa superabundancia de luz.

Todo sucede de una forma totalmente involuntaria, y es como si nos viéramos envueltos en un torbellino de sensaciones de libertad, de soberanía, de poder, de divinidad. Se pierde toda idea; todo lo que es imagen y símbolo se presenta como la manifestación más próxima, más precisa, más simple.

La revelación se concibe como la visión o la audición repentina, segura y precisa de algo que nos trastorna, y conmueve en lo más íntimo. La oímos, sin pretenderlo; la tomamos, sin preguntar quién nos la da; el pensamiento refulge como un rayo, sin ningún tipo de vacilación.

Con razón se ha dicho; "Donde está vuestro tesoro, allí está vuestro corazón"; nuestro tesoro está allí donde se asientan las colmenas de nuestro

conocimiento. Estamos siempre en camino hacia ellas; cual animales alados de nacimiento y recolectores de miel del espíritu, nos preocupamos de corazón, precisamente de una sola cosa: de "llevar a casa" algo. En lo que se refiere, por lo demás, a la vida, a las denominadas "vivencias", ¿quién de nosotros tiene siquiera suficiente seriedad para ellas? ¿O suficiente tiempo?

Necesariamente permanecemos extraños a nosotros mismos, no nos entendemos, tenemos que confundirnos con otros. En nosotros se cumple por siempre la frase que dice "cada uno es para sí mismo el más lejano"; en lo que a nosotros se refiere, no somos "lo que conocemos".

Mi sabiduría ha consistido en haber sido muchas cosas y en muchos sitios, para poder llegar a ser una sola cosa. No tuve más remedio que ser también un erudito durante un cierto tiempo.

Me "liberé" de los libros; por años, no leí nada, y ése fue el mayor beneficio que me pude hacer a mí mismo. Mi yo más íntimo, que había quedado casi sepultado y casi enmudecido a causa de tener que estar oyendo constantemente a otros individuos (leer no significa otra cosa más que esto), se despertó poco a poco, tímido y vacilante, y terminó por volver a hablar.

Mi misión consiste en preparar para la humanidad un instante de autoconocimiento supremo, un gran mediodía en el que mire hacia atrás y hacia delante, en el que se libere del dominio del azar y de los sacerdotes y se plantee por primera vez, en conjunto, la cuestión del porqué y del para qué-

El atractivo que ejerce el conocimiento sería muy débil si para llegar a él no tuviéramos que vencer tanto pudor.

El hombre

Cuando somos jóvenes, veneramos y despreciamos sin dar muestras aún de ese arte del matiz que representa el mejor beneficio de la vida; ello justifica que tengamos que pagar duramente nuestra actitud ante personas y cosas, en término de una simple aceptación o rechazo.

Todo está preparado par que el peor de los gustos, es decir, el gusto de lo absoluto, resulte burlado y profanado cruelmente, hasta que el hombre aprenda a poner un poco de arte en sus sentimientos y, mejor aún, se atreva a probar lo artificial, como hacen los auténticos artistas de la vida.

La cólera y la veneración que caracterizan a la juventud parecen no descansar hasta haber falseado tan a fondo las personas y las cosas que, hasta pueden desahogarse en ellas. La juventud es, ya de por sí, algo que tiende a falsear y engañar.

¿Qué es lo que hoy produce nuestra aversión contra "el hombre"?, pues nosotros sufrimos por el hombre, no hay duda. No es el temor sino, más bien, el que ya nada tengamos que temer en el hombre; el que el gusano "hombre" ocupe el primer plano y pulule en él; que el "hombre manso", el incurablemente mediocre y desagradable haya aprendido a sentirse a sí mismo como la meta y la cumbre, como el sentido de la historia, como "hombre superior".

En el hombre aparecen unidos la criatura y el creador: en él hay materia, fragmento, residuo, fango, basura, absurdo, caos; pero el hombre es también creador, escultor, duro martillo y dios que contempla su obra al llegar el séptimo día.

Lo que eleva al hombre no es la intensidad de un sentimiento elevado, sino o que éste dura.

Loa hombres profundamente tristes se ponen en evidencia cuando son felices: tienen una manera de agarrar la felicidad, como si quisieran estrangularla y ahogarla, por celos. ¡Demasiado bien saben, ay, que la felicidad les huye!

Cantando y bailando, el hombre se siente miembro de una comunidad superior; ya se ha olvidado de andar y de hablar, y está a punto de volar por los aires, danzando. Sus gestos delatan una encantadora beatitud.

Del mismo modo como ahora los animales *hablan* y la tierra produce leche y miel, también la voz del hombre resuena como algo sobrenatural: el hombre se siente dios; su actitud es tan noble y plena de éxtasis como la de los dioses que ha visto en sus ensueños.

El hombre no es ya un artista, es una obra de arte: el poder estético de la naturaleza entera, por la más alta beatitud y la más noble satisfacción de la unidad primordial, se revela aquí bajo el estremecimiento de la embriaguez.

Suponiendo que fuera verdadero algo que en todo caso ahora se cree ser "verdad", es decir, que el sentido de toda cultura consistiese cabalmente en sacar del animal rapaz "hombre", mediante la crianza, un animal manso y civilizado, un animal doméstico, habría que considerar sin ninguna duda que todos aquellos instintos de reacción y resentimiento, con cuyo auxilio se acabó por humillar y dominar a las razas nobles, así como todos sus ideales, han sido los auténticos instrumentos de la cultura.

El empequeñecimiento y la nivelación del hombre europeo encierran nuestro máximo peligro, ya que esa visión cansa…Hoy no vemos nada que aspire a ser más grande, barruntamos que descendemos cada vez más abajo, más abajo, hacia algo más débil, más manso, más prudente, más plácido, más mediocre, más indiferente, más chino, más cristiano; el hombre, no hay duda, se vuelve cada vez "mejor". Justo en esto reside la fatalidad de Europa: al perder el miedo al hombre hemos perdido también el amor por él, la esperanza en él, más aun, la voluntad de él. Actualmente, la visión del hombre cansa. ¿Qué es hoy el nihilismo, si no es eso? Estamos cansados del hombre.

La madurez del hombre consiste en recuperar la seriedad con que jugaba cuando era niño.

Criar un animal al que le sea lícito hacer promesas… ¿no es precisamente esta misma paradójica tarea la que la naturaleza se ha propuesto con respecto al hombre? ¿No es éste el auténtico problema del hombre?

El hecho de que tal problema se halle resuelto en gran parte, tiene que parecer tanto más sorprendente a quien sepa apreciar del todo la fuerza que actúa en su contra, la fuerza de la capacidad de olvido.

Con ayuda de la eticidad de la costumbre y de la camisa de fuerza social, el hombre fue hecho realmente calculable.

El hombre "libre", el poseedor de un voluntad duradera e inquebrantable, tiene también, en esta posesión suya, su medida de valor: mirando a los otros desde sí mismo, honra o desprecia; y con la misma necesidad con que honra a los iguales a él, a los fuertes y fiables (aquéllos a quienes les es lícito hacer promesas), con igual necesidad tendrá preparados tanto un puntapié para los flacos galgos que hacen promesas sin que les sea lícito, como una estaca para el mentiroso que quebranta su palabra ya en el mismo momento en que aún la tiene en la boca.

Cuando de verdad ocurre que el hombre justo es justo incluso con quien lo ha perjudicado (y no sólo frío, mesurado, extraño, indiferente: ser justo es siempre un comportamiento positivo), cuando la elevada, clara, profunda y suave objetividad del ojo justo, del ojo juzgador, no se turba ni siquiera ante el asalto de ofensas, burlas, imputaciones personales, esto constituye una obra de perfección y de suprema maestría en la Tierra.

Yo considero que la mala conciencia es la profunda dolencia a la cual tenía que sucumbir el hombre, bajo la presión de aquella modificación, la más radical de todas las experimentadas por él, de aquella modificación ocurrida cuando el hombre se encontró definitivamente encerrado en el sortilegio de la sociedad y de la paz. Lo mismo que tuvo que ocurrirles a los animales marinos cuando se vieron forzados a convertirse en animales terrestres o bien perecer, eso mismo les ocurrió a estos semianimales felizmente adaptados a la selva, a la guerra, al vagabundeo, a la aventura; de un golpe, todos sus instintos quedaron desvalorizados y “en suspenso”.

Lo que a una categoría superior de hombres le sirve de aliento o de estimulante, tiene que ser casi un veneno para una categoría de hombres muy distinta e inferior.

Puede que las virtudes del hombre corriente resulten vicios y debilidades en un filósofo. Si un hombre de elevado linaje degenerase y sucumbiera, adquiriría unas cualidades en virtud de las cuales sería necesario prestarle veneración como a un santo, desde ese momento, en el mundo inferior al que había descendido.

L dureza, la violencia, la esclavitud, el peligro en la calle y en los corazones, el esconderse, el estoicismo, las artes diabólicas de todo tipo, todo lo que el hombre tiene de malo, de terrible, de tiránico, de animal de presa y de serpiente, contribuye a elevar el nivel de la especie humana, al igual que su contrario.

Un hombre genial resulta insoportable, si no posee al menos dos cualidades: gratitud y limpieza.

El “puro” es, desde el comienzo, meramente un hombre que se lava, que se prohíbe ciertos elementos causantes de enfermedades de la piel, que no se acuesta con las sucias mujeres del pueblo bajo, que siente asco de la sangre, ¡nada más, no mucho más!

La profesión de casi todos los hombres, incluyendo a los artistas, empieza por una hipocresía, por un imitar exterior, por un copiar lo que produce efecto.

Cuando un hombre pretende parecer algo durante mucho tiempo y con engaño, le resulta difícil acabar siendo otra cosa.

Un hombre que se ha desprendido en tal medida de las habituales cadenas de la vida y que no continúa viviendo más que para conocer cada vez mejor, debe poder renunciar, sin disgusto ni envidia, a mucho, e incluso a casi todo lo que para los otros hombres tienen valor.

A él ha de bastarle, como el más deseable de los estados, ese libre y valiente planear por encima de los hombres, las costumbres, las leyes y las apreciaciones habituales de las cosas.

¿Qué es el hombre sino una disonancia hecha carne?

Todo hombre selecto ansía, por instinto, disponer de un castillo y de un reducto donde poder redimirse de la multitud, de la masa, de la mayoría; donde disfrute del derecho a olvidar la regla que rige al “hombre”, ya que él constituye una excepción a la misma.

No poder tomar mucho tiempo en serio los propios contratiempos, las propias fechorías, tal es el signo propio de naturalezas fuertes y plenas, en las cuales hay una sobrabundancia de fuerza plástica, remodeladota, regeneradora, fuerza que también hace olvidar. Un hombre que olvida, se sacude de un solo golpe muchos gusanos que en otros, en cambio, anidan subterráneamente.

En el fondo nos sobreponemos a todo, puesto que hemos nacido para una existencia subterránea y combativa; una y otra vez salimos a la luz, una y otra vez experimentamos la hora áurea del triunfo y, en ese momento, aparecemos tal como nacimos: inquebrantables, tensos, dispuestos a conquistar algo nuevo, algo más difícil, algo más lejano todavía, como un arco al que las privaciones, lo único que hacen es ponerlo más tirante.

La voluntad

En toda voluntad se da, ante todo, una pluralidad de sentimientos: el sentimiento del estado del que se desea salir, el sentimiento del estado al que tendemos, el sentimiento de ese salir y de ese tender mismos, así como una sensación muscular concomitante que, aunque no pongamos en movimiento "brazos y piernas", no entra en juego, por una especie de hábito, desde el momento que "realizamos una volición".

Siempre la insaciable Voluntad encuentra un medio para ligar sus criaturas a la existencia y obligarlas a seguir viviendo, con ayuda de una ilusión dispersa en todas las cosas.

Cuando tenemos hambre, no opinamos originariamente que el organismo quiere ser mantenido, sino que aquel sentimiento es el que aparece haciéndose valer sin fundamento ni finalidad, se aísla y se toma a sí mismo por arbitrario. En consecuencia: la creencia en la libertad de la voluntad es un error originario de todo lo orgánico.

Nosotros todavía opinamos, en el fondo, que todas las sensaciones y acciones son actos de la voluntad libre; si el individuo que siente se considera a sí mismo, entonces, tomará toda sensación toda alteración, por algo aislado, es decir, incondicionado, inconexo, surgiendo de nosotros sin asociación con lo anterior o lo posterior.

Esta primera erupción de fuerza de voluntad de autodeterminación, de autovaloración, esta voluntad de libre albedrío, es una enfermedad que puede destruir al hombre: ¡y cuánta enfermedad se expresa en las salvajes tentativas y extravagancias con que el liberado, el desasido, trata de demostrarse a sí mismo su dominio sobre las cosas!

Ciencia y mito

Nuestra ciencia entera, a pesar de toda su frialdad, de su desapasionamiento, se encuentra sometida aún a la seducción del lenguaje y no se ha desprendido de los hijos falsos que se le han infiltrado, de los "sujetos" (el átomo, por ejemplo, es uno de esos hijos falsos, y lo mismo ocurre con la kantiana "cosa en sí"); nada tiene de extraño el que las reprimidas y ocultamente encendidas pasiones de la venganza y del odio aprovechen a su favor esa creencia e incluso, en el fondo, ninguna otra sostenga con mayor fervor que el fuerte es libre de ser débil, y el ave de rapiña, libre de ser cordero.

La ciencia, espoleada por una ilusión poderosa, se lanza irresistiblemente hasta sus límites, en donde va a zozobrar y romperse el optimismo latente, congénito a lo lógica. Pues la circunferencia del círculo de la ciencia está compuesta de un número infinito de puntos y aún es imposible concebir cómo se podría medir el círculo entero.

El hombre superior e inteligente alcanza fatalmente, aun antes de haber llegado a la mitad de su vida, ciertos puntos extremos de la circunferencia, en los cuales permanece turbado ante lo inexplicable. Cuando, lleno de espanto, ve este límite extremo y ve que la lógica se enreda alrededor de él mismo como una serpiente que se muerde la cola, surge ante él la forma del nuevo conocimiento, el "conocimiento trágico", cuyo solo aspecto es imposible de soportar sin la protección y ayuda del arte.

¿Qué es un científico? Ante todo, un tipo no aristocrático de hombre, con las cualidades propias de todo tipo no aristocrático de hombre, es decir, no dominante, no autoritario y descontento de sí mismo.

El científico posee laboriosidad, paciencia para ocupar el sitio que le corresponde, regularidad y mesura en sus aptitudes y necesidades. Reconoce instintivamente a sus iguales y sabe qué es lo que éstos necesitan, por ejemplo, ese poco de independencia y de verde prado sin los que no se puede trabajar tranquilamente. Pretende que le honren y reconozcan; ansía la aureola de un cierto renombre; está constantemente insistiendo en lo valioso y útil que es, lo que le obliga a estar siempre venciendo la profunda desconfianza en sí mismo, que se da en lo más íntimo del corazón de todos los hombres dependientes y gregarios.

No hay que cosificar erróneamente las ideas de "causa" y "efecto", como hacen los investigadores de la naturaleza, de acuerdo con esa estupidez imperante llamada mecanismo, que concibe la causa como lo que presiona y empuja hasta "producir" el efecto. Hemos de utilizar las nociones de "causa y efecto" tan sólo como conceptos puros, esto es, como ficciones convencionales que sirven para designar y entender, pero no para explicar. En el "en sí" no hay "nexos causales" ni "necesidad" ni "ausencia de libertad psicológica"; en este plano, el "efecto" no sigue a la "causa" ni rige ninguna "ley".

Todo el mundo moderno está preso en la red de la cultura alejandrina, y tiene por ideal al "hombre teórico", armado de los medios de conocimiento más poderosos, trabajando al servicio de la ciencia, y cuyo prototipo y antepasado original es Sócrates.

Somos nosotros los únicos que hemos inventado las causas, la sucesión, la reciprocidad, la relatividad, la necesidad, el número, la ley, la libertad, el motivo, la finalidad; y cuando introducimos erróneamente en las cosas este mundo de signos y lo confundimos con ellas como si fuera un "en sí", seguimos haciendo lo mismo de siempre: obrar de una forma mitológica. El concepto de "voluntad libre" es un concepto puramente mitológico. En la vida real, no hay más que voluntad fuerte y voluntad débil.

El origen del mito de Prometeo es el valor inestimable que una humanidad ingenua concede al "fuego" como el verdadero "palladium" de toda la civilización que nace. Pero que el hombre pudiera disponer libremente del fuego, que no lo recibiese como un presente del cielo, relámpago que incendia o rayos del sol que conforta, esto parecía al alma contemplativa de estos hombres primitivos un sacrilegio, un robo a la naturaleza divina.

Sin el mito, toda cultura está desposeída de su fuerza natural, sabia y creadora.

Si consideramos ahora al hombre abstracto, privado de la luz del mito, la educación abstracta, la moral abstracta, el derecho abstracto, el Estado abstracto; si nos representamos el desencadenamiento confuso de la imaginación artística no disciplinada por el ascendiente de un mito familiar; si nos imaginamos una cultura que no tuviera hogar de origen fijo y sagrado, sino que estuviera, por el contrario, condenada a agotar todas las posibilidades, a nutrirse penosamente de todas las culturas, ésta sería la cultura presente; éste sería el resultado de ese espíritu socrático consagrado a la destrucción del mito.

En medio de todos los restos del pasado, el hombre desprovisto del mito se encuentra eternamente hambriento, tratando de hallar algunas raíces, aunque para descubrirlas tenga que destruir las más preciosas antigüedades.

Miscelánea

Muchas veces, el criminal no está a la altura de su acción: la empequeñece y la denigra.

Quien logra su ideal, precisamente por ello lo supera.

Pensar en el suicidio es una forma poderosa de controlarse: ayuda a soportar más de una mala noche.

Hablar mucho de uno mismo es también una forma de esconderse.

En último término, lo que amamos es nuestro deseo, no aquello que deseamos.

Lo que me abruma no es que me hayas mentido, sino que ya no pueda creerte en lo sucesivo.

¡Siempre la misma historia! Cuando hemos acabado de construirnos una casa, nos damos cuenta de que, mientras la edificábamos, hemos aprendido algo insospechado, algo que habríamos tenido que saber necesariamente antes de empezar la obra. ¡Ese eterno y fastidioso "demasiado tarde"! ¡Esa melancolía de todo lo acabado!...

Los mayores sucesos y los mayores pensamientos –y los mayores pensamientos constituyen los mayores sucesos- son los que más se tarda en entender. Sus contemporáneos no tienen una vivencia de ellos. Sucede aquí lo mismo que en el reino de las estrellas. La luz de las estrellas más lejanas es la que más tarda en llegar a los hombres; y hasta que no llega a ellos, niegan que en aquel lugar haya una estrella.

No es indigno de los más grandes héroes desear la vida, aun alcanzada al precio de la esclavitud.

Para poder llegar en el ensueño a una íntima felicidad contemplativa, nos es preciso haber olvidado completamente el día y sus abrumadoras ilusiones. Bajo la inspiración de Apolo, intérprete de los sueños, podremos explicar todos estos fenómenos como sigue. Al igual que de las dos mitades de la vida –la que vivimos despiertos y la que vivimos en sueños-,la primera nos parece la más perfecta, la más importante, la más seria, la más digna de ser vivida, y hasta diría la única que vivimos; pero yo sostendría que el ensueño de nuestras noches tiene una importancia igual respecto de esta esencia metafísica cuya apariencia exterior somos.

Siempre querer el recuerdo de nuestros designios personales nos arranca de nuevo a la contemplación serena; mas al mismo tiempo, la belleza inmediata del medio ambiente, en el cual se manifiesta a nosotros conocimiento puro y desnudo de voluntad, nos vuelve de nuevo al querer.

El hombre dionisíaco se parece a Hamlet: ambos han penetrado en el fondo de las cosas, con mirada decidida; “han visto” y se han sentido hastiados de la acción, porque su actividad no puede cambiar la eterna esencia de las cosas; les parece ridículo o vergonzoso meterse a enderezar un mundo que se desploma. El conocimiento mata la acción; es preciso para ésta, el espejismo de la ilusión.

El sátiro, y también el pastor de nuestro idilio moderno, ambos son resultado de una aspiración al estado primitivo y natural; pero ¡con qué firme seguridad se apodera el griego de su hombre de los bosques, y qué puerilidad, qué insipidez pone el hombre moderno en la figura azucarada del pastor sensible y delicado que tañe la flauta!

Quien ha alcanzado la libertad de la razón, aunque sólo sea en cierta medida, no puede menos que sentirse en la Tierra, como un caminante, pero un caminante que no se dirige hacia un punto de destino, pues no lo hay.

En la desolación y la torpeza de la presente cultura, ¿qué otro indicio podríamos encontrar de una promesa reconfortante para lo porvenir?

A mis escritos se les ha llamado escuela de recelo, aun más, de desprecio, felizmente también de coraje, aun de temeridad.

No seré yo, al menos, quien dude de que un día pueda haber semejantes espíritus libres, que nuestra Europa tendrá entre sus hijos de mañana o de pasado mañana tales camaradas alegres e intrépidos, de carne y hueso y no sólo, como en mi caso, como espectros y juego de sombras de solitario. Ya los veo venir, lenta, lentamente, ¿y hago acaso algo para acelerar su venida, si describo por anticipado bajo qué destinos los veo nacer, por qué caminos venir?

Se está mal acostumbrado, como cualquiera que una vez ha visto por debajo de sí una inmensa cantidad de objetos, y se ha llegado a ser lo opuesto de los que se preocupan por cosas que no les conciernen. En realidad, en adelante, al espíritu libre le conciernen exclusivamente cosas -¡y cuántas cosas!- que ya no le preocupan…

Mira atrás, agradecido: agradecido por su peregrinaje, por su dureza y autoextrañamiento, por sus miradas a lo lejos y sus vuelos de pájaro por frías alturas. Sólo ahora se ve a sí mismo, ¡y con qué sorpresas se encuentra! ¡Qué estremecimiento nunca experimentado! ¡Qué dicha en la fatiga, en la antigua enfermedad, en las recaídas del convaleciente!

¡Cómo le gusta sentarse doliente y en silencio, armarse de paciencia, tumbarse al sol!

Debías llegar a se dueño de ti, dueño también de tus propias virtudes. Antes eran ellas dueñas de ti; pero no deben ser más que tus instrumentos junto a otros instrumentos. Debías adquirir poder sobre tu pro y tu contra y aprender a captar lo perspectivista de toda valoración; la deformación, la distorsión y la aparente teología de los horizontes y todo lo que pertenece a lo perspectivista; también la porción de estupidez con respecto a valores contrapuestos y toda la merma intelectual en que revierte todo pro y contra.

Debías aprender a captar la necesaria injusticia de todo pro y contra, la injusticia como inseparable de la vida, la vida misma como condicionada por lo perspectivista y su injusticia.

Tengo un miedo terrible de que algún día me hagan santo… yo no quiero ser un santo, prefiero ser un payaso. Y no obstante, mejor dicho, precisamente por eso –ya que hasta el día de hoy no ha existido nada más mentiroso que los santos- por mi boca habla la verdad.